

COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**



# LA FIERECILLA DOMADA

Edición de Berta Muñoz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “La fierecilla domada”:  
Berta Muñoz Cáliz.

Edición y notas de Berta Muñoz Cáliz

LA FIERECILLA DOMADA

VERSIÓN LIBRE EN DOS ACTOS DE LA OBRA DE

WILLIAM SHAKESPEARE,  
por Víctor Ruiz Iriarte

Se estrenó en el teatro Infanta Beatriz de Madrid, el 3 de octubre de 1958,  
con el siguiente REPARTO, por orden de actuación en escena:

<i>Silvia</i> .....	MARGARITA GIL
<i>Diana</i> .....	MAITE BLASCO
<i>Lucía</i> .....	PEPITA ALFONSO
<i>Petruchio</i> .....	FERNANDO FERNÁN-GÓMEZ
<i>Hortensio</i> .....	MANUEL ALEXANDRE
<i>Gremio</i> .....	AGUSTÍN GONZÁLEZ
<i>Lucencio</i> .....	FRANCISCO VALLADARES
<i>Tranio</i> .....	CARLOS SÁNCHEZ
<i>Blanca</i> .....	DELIA LUNA
<i>Catalina</i> .....	ANALÍA GADÉ
<i>Bautista</i> .....	JOSÉ BALAGUER
<i>Stéfano</i> .....	MAITE BLASCO
<i>Salarino</i> .....	PEPITA ALFONSO
<i>Leonardo</i> .....	MARGARITA GIL
<i>El Sastre</i> .....	LUIS DE SOLA
<i>Un Anciano</i> .....	GUILLERMO AMENGUAL

Nobles de Padua, invitadas e invitados

Ilustraciones musicales: MANUEL PARADA

Decorados: J. CASTRO ARINÉS

Dirección: FERNANDO FERNÁN-GÓMEZ

ACTO PRIMERO<sup>1</sup>CUADRO PRIMERO<sup>2</sup>

**S**e alza el telón. Cortinas. Música dentro. Sobre la música, las cortinas se descorren lentamente. Una plaza de Padua. A la derecha –términos del público–, la casa de Bautista. A la izquierda, la iglesia. Al fondo, tras los soportales, una perspectiva delicada y minuciosa de jardines. Un banco de piedra blanca a cada lado.

*(Continúa la música. En el centro del escenario, tres muchachas jóvenes y bonitas, Silvia, Diana y Lucía, bailan una danza de la época. En el baile intercalan, cuando convenga, la siguiente canción)*

LAS TRES.—Ven, amor, que te sueño  
 mozo galán.  
 Ven, amor que te quiero  
 mi capitán.  
 Escucha, niña bonita,  
 que tienes prisa de amor;  
 suéltate las trenzas rubias,  
 tiende tu corpiño al sol;  
 prepara sábanas blancas,  
 blancas de lino y primor,  
 cierra los ojos y sueña:  
 imañana llega el amor!

1 Ruiz Iriarte ha suprimido el Prólogo de la obra de Shakespeare y entra directamente en el acto 1. Dicho Prólogo reproducía una escena de caza en la que un lord y su criado encuentran en un páramo a Sly, borracho y dormido. Para burlarse de él, lo hacen conducir a un lecho ricamente adornado, lo visten con lujosas ropas y le hacen creer que es un noble, que tiene una hermosa mujer, y que durante quince años había estado sumido en un profundo sueño del que ahora despierta. Llegan entonces unos cómicos y representan ante Sly lo que será la acción principal de *La fierecilla...*, que queda así enmarcada como teatro dentro del teatro.

2 Toda la primera parte de este primer cuadro, protagonizada por las tres jóvenes y Petruchio, no existía en la obra original, sino que fue añadida por Ruiz Iriarte, que crea a los personajes de las tres jóvenes y hace aparecer a Petruchio desde la primera escena, mientras que en la obra de Shakespeare no aparecía hasta la escena II del acto 1. Puede ser una estrategia del adaptador para hacer aparecer desde el primer momento al primer actor de la compañía, Fernando Fernán-Gómez, aunque lo cierto es que gracias a esta escena consigue desde el primer momento el carácter festivo y lúdico que estará presente durante toda la comedia.

Ven, amor, que te sueño  
 mozo galán,  
 Ven, amor, que te quiero  
 mi capitán.

*(Siguen bailando. Por el fondo, bajo los soportales, muy despacio, como de paseo, surge Petruccio. Queda allá, quieto un instante, contemplando las evoluciones de las muchachas, que aún no le han descubierto. Luego, avanza. Ellas no lo advierten. Cuando termina el baile, las tres muchachas, involuntariamente, rodean a Petruccio, que sonrío)*

PETRUCHIO.—¡Bravo! ¡Viva Padua gentil que recibe con músicas y bailes a los forasteros!

*(Las muchachas, al percatarse de la presencia del recién llegado, gritan, asustadas, y escapan, juntas, hacia la izquierda. Hablan muy de prisa)*

LAS TRES.—¡Ayyy...!

SILVIA.—¡Señor!

DIANA.—¡Caballero!

LUCÍA.—Por favor...

SILVIA.—Ensayábamos un baile...

DIANA.—Y nos creíamos solas...

LUCÍA.—¡Jesús! ¡Qué sofocación!

PETRUCHIO.—¡Ángeles de candor! Pero ¿de verdad tanto os asusta mi presencia?

SILVIA.—Bueno. Tanto, tanto, no.

*(Las tres chicas se tranquilizan un poquito y cuchichean entre sí)*

SILVIA.—Parece galán...

DIANA.—Es simpático...

LUCÍA.—¿Será soltero?

*(Y las tres, muy decididas, al unísono, avanzan hacia Petruccio al mismo tiempo)*

SILVIA.—Escuchad...

DIANA.—Permitid...

LUCÍA.—Oíd...

*(Silvia se revuelve muy enfurruñada hacia las otras dos)*

SILVIA.—¡A callar! Hablaré yo, que soy la mayor...

DIANA.—*(Muy enfadada, dando una patadita en el suelo)* ¡Hala! ¡Ya se va a aprovechar!

LUCÍA.—¡Huy! Estoy más harta de ser la pequeña...

*(Y, en efecto, la mayor avanza sonriente hacia Petruchio)*

SILVIA.—Buenos días, caballero. ¿Quién sois? Ni mis hermanas ni yo os vimos antes por las calles de Padua.

PETRUCHIO.—*(Sonríe muy ufano)* Soy Petruchio...

SILVIA.—¡Petruchio! ¿Y de veras sois forastero?

PETRUCHIO.—Lo soy, en efecto. Hasta ayer, vecino de Verona. Vengo a Padua para ver viejos amigos. Quiero, además, correr un poco de mundo... Ya me cansa y me aburre la paz de mi hogar. Soy libre. Y, por último, os diré qué vengo a buscar...

LAS TRES.—*(Muy atentas)* ¿Qué buscáis?

PETRUCHIO.—*(Sonríe)* Lo que busca un hombre de niño, de mozo o de viejo; cuando sueña y cuando está despierto; cuando ríe y cuando llora...

LAS TRES.—*(Como antes)* ¿Qué? ¿Qué?

PETRUCHIO.—Una mujer.

LAS TRES.—*(Emocionadísimas)* ¿Una mujer?

PETRUCHIO.—Sí. *(Como en secreto)* Busco una mujer porque me quiero casar...

LAS TRES.—*(Suspensas, emocionadísimas)* ¡Ay! ¿Qué ha dicho?

*(Petruchio se vuelve gentilmente y hace una graciosa reverencia)*

PETRUCHIO.—Buenos días, signorinas. Petruchio, de Verona, os saluda...

*(Y sale por la izquierda. Las tres muchachas, reunidas en el centro del escenario, muy juntitas, están como en éxtasis)*

SILVIA.—¡Se quiere casar!

DIANA.—¡Se quiere casar!

LUCÍA.—¡Se quiere casar!

*(Cada una de ellas ha dicho la frase en un tono más alto que la anterior. De pronto, se miran como atacadas por la misma idea. Y echan a correr hacia la izquierda, en pos de Petruccio. Salen. Queda la escena sola. Cambio de ritmo en la música. Una melodía como de juego y burla. Y por el fondo, bajo un arco de los soportales, surge Hortensio. Avanza, de puntillas se planta ante la ventana de la casa de Bautista. Dulcemente, con arrobo, ensimismado, llama)*

HORTENSIO.—¡Oh, Blanca! ¡Querida mía! Soy Hortensio...

*(Por el fondo, también, asoma Gremio)*

GREMIO.—¡Chiss! No te molestes. Todavía no ha vuelto el viejo Bautista de su paseo con las niñas...

*(Hortensio se vuelve muy mohíno)*

HORTENSIO.—¡Oh! Tú, otra vez. Como ayer...

GREMIO.—Como mañana. Y como siempre.

HORTENSIO.—¿Tanto la amas, Gremio?

GREMIO.—Lo mismo que tú...

*(Ya están los dos en el centro del escenario. Se miran muy conmovidos. Se abrazan)*

HORTENSIO.—¡Gremio! Esta noche no he podido dormir. Pensé que tú y ella...  
¿Comprendes?

GREMIO.—Lo mismo, lo mismo pensé yo... Lo pasé muy mal.

HORTENSIO.—Pues ¿y yo? Sueño con tanto detalle...

GREMIO.—¡Pobre Hortensio!

HORTENSIO.—Oye. ¿Verdad que esto de que los dos estemos enamorados de la misma mujer es una tragedia para nosotros?

GREMIO.—¡Quiá! Al contrario. A mí me consuela mucho. Siempre que te veo siento unos de deseos de abrazarte y de...

HORTENSIO.—*(Muy contento)* Lo mismo que yo... ¡Oh, Gremio!

GREMIO.—¡Hortensio! Blanca no tardará en llegar. Salgamos a su encuentro...

HORTENSIO.—¡Vamos! Pero, juntos...

GREMIO.—Siempre juntos...<sup>3</sup>

*(Se cogen del brazo y marchan los dos hacia el fondo. Se transforma la música. Un ritmo lento, pausado, profundo. Por el lado contrario del fondo aparecen Lucencio y Tranio)*

LUCENCIO.—Escucha, Tranio, mi fiel amigo, más que mi sirviente: ¿tú sabes que Pisa, mi ciudad, hace a los hombres graves y pensativos? Así es mi padre, el gran Vincencio, y así quiero ser yo... Prefiero el estudio al amor. Antes que el baile y la bebida, busco libros de filosofía. Adoro las matemáticas y me encanta buscar en las cosas humanas su porqué y su misterio...

TRANIO.—¡Mi señor Lucencio! Da gloria oídos. Sois el mozo más virtuoso que conozco. Pero, escuchadme, señor. Habéis venido a Padua para estudiar y pronto os convertiréis en un sabio, y cuando volváis a Pisa, la ciudad entera se mostrará orgullosa de vos. Mas procuremos, señor, que el estudio no os ciegue la alegría de vivir, que vuestra rectitud no os haga estoico e insensible; que los principios de Aristóteles no frenen el gozo de vuestra imaginación. Estudiad, señor, y amad el estudio, mas no olvidéis...

*(Dentro, por el fondo, se acerca una voz de mujer pidiendo, angustiosamente, socorro)*

BLANCA.—*(Dentro)* ¡Socorro! ¡Socorro!

*(Lucencio y Tranio se vuelven rápidamente)*

TRANIO.—¡Cuernos! ¿Qué ocurre?

LUCENCIO.—Alguien pide socorro...

BLANCA.—*(Dentro)* ¡Socorro! ¡Socorro!

*(Golpe final en la orquesta. Por el fondo llega corriendo Blanca, perseguida por Catalina. Blanca, asustadísima. Catalina, hecha una furia)*

BLANCA.—¡Socorro!

---

<sup>3</sup> Aunque en la comedia original también existe una cierta complicidad entre Hortensio y Gremio, la gran amistad entre ellos es una aportación original de Ruiz Iriarte, que busca así un tono menos dramático y realista, más acorde con la llamada «comedia de la felicidad».



CATALINA.—¡Cállate!

BLANCA.—¡Ay, Jesús!

CATALINA.—Que te calles te digo. Hipócrita, farsante, pavisosa, beata, remilgada, tonta, retonta...

BLANCA.—¡Ay, hermana mía!

CATALINA.—Te voy a arañar...!

BLANCA.—(*Un chillido*) ¡Ayyy...! Eso, no. Te lo suplico...

*(Lucencio y Tranio contemplan absortos la escena. Lucencio da un paso dispuesto a intervenir)*

LUCENCIO.—Pero, Tranio...

TRANIO.—¡Quieto!

*(En este momento, Catalina ha alcanzado a Blanca y la está tirando del pelo)*

BLANCA.—(*Un chillido*) ¡Ayyy...! ¡Catalina! ¡Hermana mía! ¡No os hagáis la ofensa de tratarme como a una esclava! Os daré mis vestidos y mis alhajas y mis adornos y todo lo mío que os guste. Pero no me sometáis al suplicio de vuestros golpes.

CATALINA.—¡Calla! Bruja endemoniada... ¡Guárdate tus alhajas! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

BLANCA.—¡Ayyy! ¡Ay, Catalina! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me mata!

*(Por el fondo aparece el señor Bautista corriendo todo lo que su avanzada edad le permite, seguido de Hortensio y Gremio)*

BAUTISTA.—¡Quieta! ¡Quieta, he dicho!

HORTENSIO.—¡Dios Santo!

GREMIO.—¡Es una fiera!

*(Blanca se refugia en los brazos de Bautista. Gremio y Hortensio sujetan a Catalina)*

BLANCA.—¡Ay, padre! Mi hermana se ha vuelto loca...

BAUTISTA.—Blanca, Blanca... ¡Pobre hija mía!

GREMIO.—¡Calmaos!

CATALINA.—¡A la porra!! Si no me soltáis, le doy a uno una bofetada... Hala.<sup>4</sup>  
 HORTENSIO.—¡Demonio!

*(Gremio y Hortensio sueltan vivamente a Catalina. Lucencio y Tranio contemplan absortos la escena desde el fondo. Blanca sigue refugiada en los brazos de su padre)*

BAUTISTA.—*(Muy emocionado)* ¡Caballeros! Este es mi drama. Tengo dos hijas. Y ya veis... Una es un ángel. La otra es un demonio. Una ha heredado mi carácter dulce y apacible. La otra ha salido a su madre, que en paz descanse...

CATALINA.—¡Padre! No seas hipócrita.

BAUTISTA.—¡Niña!!

BLANCA.—¡Ay, Jesús, Jesús!

CATALINA.—Calla tú. La muy...

BLANCA.—*(Un chillido)* ¡Ayyy!...

BAUTISTA.—¡Quieta! Quieta, pécora endemoniada, tormento de tu hermana, dolor de tu padre, vergüenza de la familia. Quieta, he dicho.

CATALINA.—*(Un gruñido)* ¡Hum!

BAUTISTA.—Y tú, ángel de inocencia, flor de pureza, hija querida, entra en nuestra casa, reclúyete en tu aposento y cierra la puerta con llave. Será la única forma de saberte al amparo de las iras de tu hermana...

BLANCA.—Sí, padre mío...

CATALINA.—¡Ay! ¡Qué cursi es!

BLANCA.—*(Dolorosamente, a punto de echarse a llorar otra vez)* ¿Habéis oído? Me ha llamado cursi. Es que me odia, me odia...

TODOS.—¡Oh!

HORTENSIO.—¡Pobre Blanca!

*(Blanca, ya en la puerta, se vuelve y hace una reverencia muy gentil, mientras sonrío encantadoramente, como si no hubiera pasado nada, a Gremio y a Hortensio)*

BLANCA.—¡Caballeros! He tenido un gran placer...

---

4 Ruiz Iriarte ha caricaturizado a Catalina hasta el punto de agredir físicamente a su hermana en esta escena. En la obra de Shakespeare, sin embargo, toda la violencia de Catalina es verbal, y en ningún momento esta se dirige directamente a su hermana, sino a sus pretendientes. Por otra parte, con expresiones como «A la porra» y «hala», el adaptador ha coloquializado su lenguaje, aproximándolo al público de su tiempo.

*(Hortensio y Gremio se inclinan rendidísimos con verdadera emoción)*

GREMIO.—¡Oh, Blanca querida!

HORTENSIO.—¡Blanca adorada!

BLANCA.—*(Ruborizadísima, pero feliz)* Por favor, señores míos...

*(Blanca entra en la casa. Hortensio y Gremio la ven desaparecer ensimismados)*

HORTENSIO.—¡Qué inocencia!

GREMIO.—¡Qué candor!

HORTENSIO.—¡Qué modestia!

GREMIO.—¡Qué donaire!

HORTENSIO.—¡Qué...!

*(Interrumpe Catalina, que los contempla estupefacta)*

CATALINA.—¡Anda! Pero ¿es que os gusta a los dos?

LOS DOS.—*(Con todo entusiasmo)* ¡Sí!!

CATALINA.—*(Un silbido)* ¡Toma!

BAUTISTA.—*(Indignado)* ¡Maleducada!

*(Hortensio y Gremio se vuelven vivamente el uno hacia el otro)*

HORTENSIO.—Pero, reconoceréis, querido Gremio, que, bien pensado, yo tengo más derecho...

GREMIO.—De ningún modo, amigo Hortensio. El derecho es mío. Soy más rico...

HORTENSIO.—Yo soy más joven...

GREMIO.—Yo la quiero más...

HORTENSIO.—Eso habría que verlo...

GREMIO.—Eso lo veremos...

*(Han ido subiendo de tono y están a punto de enzarzarse, cuando interrumpe Bautista)*

BAUTISTA.—¡Alto! Caballeros, venid aquí... *(Gremio y Hortensio se contienen y marchan juntos hacia Bautista, que está sentado en el banco de la izquierda)*  
Sentaos, hijos míos. *(Gremio y Hortensio se sientan uno a cada lado de*

*Bautista*) Escuchad. Estoy muy, muy conmovido al apreciar el amor que a los dos os inspira mi pequeña Blanca. Y con todo mi corazón y mi contento os concedería su mano...

CATALINA.—(*Extrañadísima*) ¿A los dos?

BAUTISTA.—¡Sí!

CATALINA.—Pues eso no es decente...

(*Bautista, Gremio y Hortensio se vuelven furiosos hacia Catalina*)

BAUTISTA.—¡A callar!

HORTENSIO.—¡Silencio!

GREMIO.—¡Váyase al diablo!

CATALINA.—(*Conteniéndose*) Le voy a dar a uno un sopapo...

BAUTISTA.—(*Transición, como antes*) Quiero decir que con gusto otorgaría la mano de Blanca a uno cualquiera de los dos. Porque ambos, por igual, hijos míos, me parecéis merecedores de semejante dicha. Los dos sois nobles, ricos, bondadosos, hijos de viejas e ilustres familias de Padua. Pero, sin embargo...

(*Gremio y Hortensio se sobresaltan*)

HORTENSIO.—¿Qué?

BAUTISTA.—(*Solemnemente*) He tomado una resolución. No concederé a nadie la mano de Blanca hasta que no se haya casado Catalina...

(*Gremio y Hortensio se ponen en pie de un brinco, despavoridos*)

LOS DOS.—¿Qué?

HORTENSIO.—¿Qué decís?

CATALINA.—¿Qué ha dicho? ¿Que me tengo que casar yo?

BAUTISTA.—(*Furioso*) ¡¡Sí!! Lo he dicho, lo he dicho...

CATALINA.—¡No!

BAUTISTA.—¡Sí!

CATALINA.—¡¡No!! ¡No me casaré! ¡Nunca! ¡¡Jamás!! ¡Ayyy...! ¡Ay, que me quiere casar!

(*Y, llena de furia, comienza a ir de un lado para otro. Gremio y Hortensio están horrorizados*)

GREMIO.—Pero, caballero... Eso no puede ser. Esta fiera es incasable. ¡Miradla!

BAUTISTA.—¡Hombre! Reconozco que así, de momento...

HORTENSIO.—Pero ¿os dais cuenta de lo que decís, señor?

BAUTISTA.—¡Huy! Lo he pensado muchísimo...

CATALINA.—¡Ay! ¡Ay, que me quiere casar! ¡A mí! ¡A Catalina!! *(Y de pronto se encara, en el colmo de la furia, con Bautista)* ¡Mal padre!

BAUTISTA.—Mira, niña...

CATALINA.—¡Mal padre! ¡Mal hombre! ¡Avaro! Egoísta...

BAUTISTA.—Y dale...

CATALINA.—¡Hipocritón! ¡No me casaré! ¡No me casaré! ¡No me casaré! He dicho que no me casaré...<sup>5</sup>

*(Y entra en la casa, como un energúmeno. Bautista, Gremio y Hortensio, sentados de nuevo en el banco, se miran consternados)*

BAUTISTA.—Y bien: ¿comprendéis ahora la razón que me asiste? Hijos míos, la idea de quedarme solo en mi hogar, con este pequeño demonio, me produce escalofríos. ¡Ca! Eso, nunca. Cuando me acuerdo de mi pobrecita mujer, que era igual... *(Una transición)* Vamos, que no. O caso a las dos o no caso a ninguna. Y, desde luego, antes a Catalina, por si acaso.

*(Y muy decidido, marcha hacia su casa. Se detiene en la puerta. Hortensio y Gremio le siguen suplicantes)*

GREMIO.—Pero, señor...

HORTENSIO.—¡Caballero! Por piedad... Vuestra resolución es una crueldad.

BAUTISTA.—¡Se acabó! Lo dicho, dicho está. Desde hoy, mi Blanca permanecerá encerrada en su aposento, hasta que Catalina salga de esta casa a desposarse. Para distraer su ánimo y cultivar su espíritu le buscaré un preceptor que le enseñe historia, música y poesía. Y no se hable más. Porque, de verdad, señores, si tanto amáis a Blanca, en vuestras manos está la solución...

HORTENSIO.—¡Dios Santo! ¿Qué podemos hacer nosotros?

BAUTISTA.—Es muy sencillo... Buscad un marido para Catalina.

*(Y entra. Hortensio y Gremio se quedan estupefactos, mirándose boquiabiertos)*

---

<sup>5</sup> En ningún momento la Catalina de Shakespeare agrade verbalmente a su padre ni lo descalifica como hace esta.

HORTENSIO.—¡Gremio!

GREMIO.—¡Hortensio! ¡No puede ser! El caballero Bautista se ha vuelto loco...

HORTENSIO.—Hay que sacarle de su empeño. Debemos convencerle.

GREMIO.—¡Vamos, pronto!

HORTENSIO.—¡Vamos!

*(Y entran los dos, precipitadamente, en la casa de Bautista. Lucencio, que con Tranio ha contemplado absorto las escenas anteriores, desde el fondo, avanza como fascinado hacia la casa de Bautista)*

LUCENCIO.—Es maravillosa...

TRANIO.—¿Quién?

LUCENCIO.—*(Inefablemente)* Ella.

TRANIO.—¿La fiera?

LUCENCIO.—¡Oh, no! La otra... La bella, la dulce y virginal Blanca.

TRANIO.—Pero, señor... No me diréis que ya os habéis enamorado.

LUCENCIO.—¿Y por qué no? ¿Qué es el amor, Tranio? ¿No es un estremecimiento?

¿No es como una llama de fuego que prende de pronto en el corazón?

Entonces, ¿por qué negarlo? Estoy ya enamorado de esa prodigiosa criatura.

¿No viste cómo se traslucen en ella su candor y su pureza? ¿No viste cómo

temblaban las lágrimas en sus ojos de ángel? ¿No viste con qué encanto su

mano, su mano de milagro, se recogía el pliegue del vestido? ¿No viste cómo

al andar apenas pisaba en el suelo?

TRANIO.—*(Atónito)* Pero, señor...

LUCENCIO.—Calla, Tranio. Estoy loco por esa criatura. Y te juro que desde hoy todas

mis horas se consagrarán a su conquista y que no cejaré hasta convertirla

en mi esposa...

TRANIO.—Pero, mi señor Lucencio, ¿os habéis vuelto loco? Vos habéis venido a

Padua para estudiar y haceros un sabio. Acordaos. Os espera la historia y la

filosofía. Los principios de Aristóteles...

*(Lucencio, como encandilado, está mirando la casa de Bautista)*

LUCENCIO.—*(Dichosísimo)* Calla, calla...

TRANIO.—¡Oh! Esto no se ha visto nunca. Pues bien... No voy a reñiros. Sería peor. Si os sentís atacado de amor, no queda más que una solución: «redime te captum quam queas minimo».<sup>6</sup>

LUCENCIO.—Gracias.

TRANIO.—(*Generosamente*) De nada...

LUCENCIO.—¡Tranio!

TRANIO.—¡Señor!

LUCENCIO.—Se me ocurre una idea para introducirme en esta casa. ¿No oíste decir a su padre que buscará un preceptor para distraer sus ocios y al mismo tiempo instruirla? Pues mírame, Tranio. ¿No podría ser yo ese preceptor?

TRANIO.—¡Dios Santo! ¿Qué estáis imaginando?<sup>7</sup>

LUCENCIO.—Es muy fácil. Yo acabo de llegar de Pisa y nadie me conoce en Padua. No hay inconveniente alguno para que tú asumas mi persona y yo la tuya...

TRANIO.—¡Señor!

LUCENCIO.—¡Calla! Tú serás, en todas partes, Lucencio, estudiante, recién llegado de Pisa. Gobernarás mi casa, te obedecerán mis criados, recibirás a los amigos de mi familia que, al enterarse de mi llegada, vendrán a visitarme... Tú llevarás mis vestidos y yo los tuyos. Y solo cuando estemos los dos frente a frente y a solas yo volveré a ser Lucencio y tú serás de nuevo Tranio. Entretanto, yo seré un humilde profesor que en el aposento de Blanca le enseñará a la niña los encantos del arte y los hechizos del amor...

TRANIO.—(*Con entusiasmo*) ¡Señor Lucencio! ¡Qué idea habéis tenido! ¡Yo, Lucencio!

LUCENCIO.—(*Muy satisfecho*) ¿Te gusta?

TRANIO.—¡Que si me gusta!

LUCENCIO.—¡Calla!

*(Se aparta hacia el fondo, llevando con él a Tranio. Porque la puerta de la casa de Bautista se abre, y aparecen Gremio y Hortensio, muy cariacontecidos. Cruzan la escena muy despacito.*

6 'Redímete de la cautividad al menor precio' (trad. Luis Astrana Marín. *Obras completas de William Shakespeare*. Madrid: Aguilar, 1951. 1006).

7 En la obra original, Tranio, lejos de sorprenderse por el plan de Lucencio, lo concibe al mismo tiempo que él, de forma que los planes que idean uno y otro para seducir a Blanca «dos proyectos no son, sino uno» (*Obras completas de William Shakespeare*. Madrid: Aguilar, 1951. 1007). No obstante, es solo a Lucencio, tanto aquí como en el original, a quien se le ocurre cambiar los papeles con Tranio.

*Ya están sentados frente al público en el banco de la izquierda. Se quedan un momento callados)*

HORTENSIO.—Todo inútil. El viejo es terco y no cede. Estamos perdidos. Porque si Blanca no se ha de casar hasta que Catalina encuentre marido, morirá soltera. ¡Qué ironía! ¿De qué le sirve a Blanca tener dos enamorados?

*(En este momento, Lucencio, que se acerca poco a poco, dice muy fino)*

LUCENCIO.—Perdón... Tiene tres.

*(Hortensio y Gremio se ponen en pie, sobresaltados, y se vuelven hacia Lucencio)*

LOS DOS.—¿Qué?

GREMIO.—¿Tres? ¿Es que hay otro?

LUCENCIO.—*(Sonriendo)* Sí, sí...

*(Hortensio y Gremio se revuelven con furia)*

HORTENSIO.—¿Dónde está?

GREMIO.—¡¡Decidlo!! ¡Por el infierno...!

LUCENCIO.—Pero si soy yo...<sup>8</sup>

*(Hortensio y Gremio se le quedan mirando boquiabiertos. Un levísimo silencio)*

GREMIO.—¡Ah!

HORTENSIO.—¿Vos?

LUCENCIO.—*(Muy risueño)* ¡Claro!

*(Lucencio sonrío. Hortensio y Gremio se le quedan mirando fijamente... Luego se miran entre sí)*

HORTENSIO.—¿Qué te parece, Gremio?

---

<sup>8</sup> En la comedia original, es Tranio, disfrazado de Lucencio, quien declara a Hortensio y Gremio ser el tercer pretendiente de Blanca.



GREMIO.—(*Muy despacio, muy sesudo*) Me gusta.

(*Hortensio vuelve a mirar a Lucencio y asiente con gravedad*)

HORTENSIO.—Y a mí. A mí también me gusta.

LUCENCIO.—(*Contentísimo*) ¿De verdad? ¿De verdad os gusto?

HORTENSIO.—Mucho.

LUCENCIO.—¡Qué amables sois, caballeros! Permitidme que me presente. Me llamo Lucencio, vengo de Pisa...

HORTENSIO.—Yo soy Hortensio y este es Gremio. Mas, ¿qué importa quién seáis y de dónde vengáis? Amáis a Blanca, y eso basta para que os consideremos como a nosotros mismos... Venid aquí.

GREMIO.—Sentaos... Poneos cómodo.

LUCENCIO.—Gracias, muchas gracias.

(*Hortensio y Gremio, amablemente, sientan a Lucencio en el banco, entre los dos. Le miran con indudable cariño, le dan unas estimulantes palmaditas en la espalda*)

GREMIO.—Vaya, vaya...

HORTENSIO.—¡El buen Lucencio!

GREMIO.—Muchacho, muchacho...

LUCENCIO.—¡Je!

HORTENSIO.—¿La amáis desde hace mucho tiempo?

LUCENCIO.—(*Ponderativo*) ¡Uf!

HORTENSIO.—¿Y la amáis ardientemente?

LUCENCIO.—¡Oh!

GREMIO.—Como yo...

HORTENSIO.—Igual que yo...

(*Tranio, que contempla la escena algo apartado, escucha atentamente*)

TRANIO.—¡Es emocionante!

HORTENSIO.—¿Sabéis, Lucencio, que si encontramos un marido para Catalina, Blanca sería libre y podría elegir a uno de nosotros tres?

LUCENCIO.—Lo sé, Hortensio. Pero ¿dónde está ese marido para Catalina?

GREMIO.—(*De pronto*) ¡Demonio! Se me ocurre una idea...

LUCENCIO.—¿Una idea?

HORTENSIO.—A ver, a ver...

GREMIO.—Está clarísimo. Puesto que nosotros somos tres y solo uno se podrá casar con Blanca, ¿por qué no se sacrifica uno de nosotros, uno cualquiera, y se casa con Catalina? ¿Eh?

HORTENSIO.—(*Deslumbrado*) ¡Caramba, qué gran idea!

*(De pronto, Gremio y Hortensio se quedan mirando a Lucencio, francamente esperanzados)*

LUCENCIO.—¡Je!

HORTENSIO.—¿Qué os parece Lucencio? Sería un gesto admirable, lleno de grandeza. Además...

LUCENCIO.—¿Qué?

HORTENSIO.—Dicen los sabios que la verdadera felicidad está en el renunciamiento...

LUCENCIO.—(*Sonriendo*) Sí, eso dicen. Pero yo no me lo creo. De manera que conmigo no contéis... Quiero a Blanca. ¡Ea!

LOS DOS.—¡Oh!

*(Hortensio y Gremio, muy decepcionados, se separan un poquito de Lucencio. Luego, a hurtadillas, empiezan a mirarse uno a otro, hasta que acaban mirándose fijamente)*

GREMIO.—¡Hortensio!

HORTENSIO.—¿Qué?

GREMIO.—(*Tímidamente*) Desde que el señor Bautista manifestó su deseo de casar a Catalina antes que a Blanca, pensé que tú, por la felicidad de Blanca y por la mía, que soy tu más viejo amigo, serías capaz de...

HORTENSIO.—(*Indignado*) ¡¡Un cuerno!!<sup>9</sup>

GREMIO.—¡Oh!

HORTENSIO.—¡Lo mismo pensé yo de ti!

GREMIO.—(*Furioso*) Pues te has lucido. Porque yo no estoy dispuesto a renunciar a Blanca...

---

<sup>9</sup> Al igual que con Catalina, también con el resto de los personajes el lenguaje se ha coloquializado en gran medida, con expresiones como este «y un cuerno» y otras similares bien alejadas del lenguaje de la comedia original.

LUCENCIO.—¡Ni yo! *(Los tres, muy enojados, se han puesto en pie. Se miran con furia... Hay un silencio, que, al cabo, rompe Lucencio, en una transición)*  
Caballeros, caballeros...

HORTENSIO.—Hum...

LUCENCIO.—Tengamos serenidad. Necesitamos un marido para Catalina, cierto. Pero ese marido no puede ser ninguno de nosotros tres. No nos pidamos sacrificios que no podemos conceder, ni aun por la dicha de nuestra amada... Seamos prácticos y busquemos un marido para Catalina.

HORTENSIO.—Prudentes palabras, Lucencio. Pero ¿dónde encontraremos un hombre dispuesto a casarse con esa fiera?

GRUMIO.—¡Oh! Ni aun con la fabulosa dote que le concederá el viejo Bautista habrá sujeto tan demente que cargue con ella. Yo digo por mí que preferiría ser azotado todas las mañanas en la plaza pública antes que verme esposo de semejante monstruo...

HORTENSIO.—Y yo... Lo confieso.

LUCENCIO.—Y, sin embargo, para cada lance hay un hombre...

HORTENSIO.—¿Qué quieres decir?

LUCENCIO.—Digo que en cada ciudad ha de haber un bravo mancebo, dispuesto a todo por una dote o por una aventura, que de muy buena gana se casaría con Catalina. Pero ¿quién es ese hombre? ¿Dónde está?

HORTENSIO.—Eso. ¿Dónde está...?

*(Se quedan un momento ensimismados. Y por el lateral de la izquierda, como una exhalación, surge Petruchio, como perseguido)*

PETRUCHIO.—¡Caballeros! Por piedad... Dejad que me esconda.<sup>10</sup>

*(Y dicho y hecho, con toda presteza se oculta tras ellos, de forma que queda invisible para quien llegue tras él. En el acto aparecen por la izquierda las tres muchachas, Silvia, Diana y Lucía, que, creyendo que siguen los pasos de Petruchio, atraviesan la escena de izquierda a derecha, una tras otra, muy ligeritas, muy sonrientes)*

<sup>10</sup> En la comedia original, las circunstancias de la aparición de Petruchio son muy distintas: no llega huyendo sino que se presenta en casa de su amigo Hortensio, acompañado de su criado Grumio, con intención de casarse, y será precisamente Hortensio quien le hable por primera vez de Catalina.

SILVIA.—¡Petruchio!

DIANA.—¡Petruchio!

LUCÍA.—¡Petruchio!

*(Desaparecen las tres por la derecha. Petruchio abandona su escondite y respira profundamente)*

PETRUCHIO.—¡Cristo! Creí que no me libraría nunca de ellas.

*(Gremio, Hortensio y Lucencio le observan muy extrañados)*

HORTENSIO.—¡Hola! ¿Se puede saber, señor, por qué huís de esas muchachas?

PETRUCHIO.—¡Toma! Porque se empeñan en hacerme la corte...

GREMIO.—¿Las tres?

PETRUCHIO.—¡Las tres!

LUCENCIO.—¡Qué barbaridad!

PETRUCHIO.—Y, la verdad, señores, tres son demasiadas. Porque aunque yo he venido a Padua, precisamente, para casarme...

*(Hortensio, Lucencio y Gremio, como movidos por un resorte, dan un paso hacia él conmovidísimos)*

LOS TRES.—¿Cómo?

PETRUCHIO.—*(Asustado)* ¡Demonio!

HORTENSIO.—¿Decís que habéis venido a casaros?

PETRUCHIO.—Eso dije. *(Prudentemente)* Pero si os molesta...

LOS TRES.—*(Con toda su alma)* ¡¡No!!

PETRUCHIO.—¡Caramba!

LUCENCIO.—¿Qué ha de molestarnos? Todo lo contrario. Pero decidnos... ¿Tenéis ya elegido vuestra futura esposa?

PETRUCHIO.—Todavía, no.

LUCENCIO.—¡Ah! ¡Todavía, no!

PETRUCHIO.—*(Muy mundano)* Pero, en fin, eso es lo de menos...

*(Hortensio, Lucencio y Gremio se miran y tienen un unánime estremecimiento de gozo)*

LOS TRES.—¿Qué?

PETRUCHIO.—Vamos... Quiero decir que me da igual una que otra. A mí, lo que me importa es que tenga dinero.

*(Hortensio, Gremio y Lucencio no caben en sí de gozo)*

LUCENCIO.—¡Hortensio!

HORTENSIO.—¡Gremio!

GREMIO.—¡Lucencio!

HORTENSIO.—¡No le importa!

GREMIO.—¡Le da igual!

LUCENCIO.—¡Es él...! ¡Es él...!

*(Y ya en el colmo de la alegría, se abrazan entre sí, se dan cachetitos en las espaldas. Petruchio los contempla estupefacto)*

PETRUCHIO.—*(Ceñudo)* ¡Caballeros! ¿Puedo saber por qué os conmueve tanto mi vida privada?

*(De pronto, los tres se vuelven hacia Petruchio y le contemplan con embeleso)*

LUCENCIO.—¡Miradle!

HORTENSIO.—¡Qué nobleza de porte!

GREMIO.—¡Qué gesto!

LUCENCIO.—¡Qué donosura!

PETRUCHIO.—¡Alto! *(Y, extrañadísimo, se vuelve como buscando a alguien)* ¿Os referís a mí?

LOS TRES.—¡Claro!

LUCENCIO.—¿Y a quién si no?

PETRUCHIO.—Pues, señor, esto no me había pasado nunca...

*(De pronto, los tres avanzan hacia él muy serviciales, muy diligentes, muy cariñosos)*

HORTENSIO.—Pero, no estéis de pie...

LUCENCIO.—Sentaos.

GREMIO.—¡Descansad!

LUCENCIO.—Hala, hala...

GREMIO.—¡Hala!

PETRUCHIO.—Bien, bien... Como gustéis. (*Y se sienta en el banco, entre Gremio y Lucencio. Hortensio queda en pie, junto a Lucencio. Los tres contemplan a Petruchio con un enorme cariño. Él está bastante confundido*) ¡Je!

HORTENSIO.—Decidnos... ¿Cómo os llamáis?

PETRUCHIO.—¡Petruchio!

(*Los tres se ponen muy contentos*)

LOS TRES.—¡Petruchio!

HORTENSIO.—¡Se llama Petruchio!

PETRUCHIO.—(*Intrigadísimo*) Pero ¿también os gusta mi nombre?

LOS TRES.—¡Claro!

GREMIO.—(*Con entusiasmo*) ¿Y cómo no ha de gustarnos? Es un nombre de aventura...

HORTENSIO.—Es un nombre lírico, como una canción...

PETRUCHIO.—¡Caramba! Pues no había yo caído. Pero, realmente... ¡Petruchio! (*Transición*) Bien, señores. Me parece que somos ya grandes amigos...

LUCENCIO.—¡Huy! Y aún lo seremos más... Como que, dentro de poco, vos y uno de nosotros tres seremos de la familia.

PETRUCHIO.—¡Ah! ¿Sí?

LOS TRES.—(*Contentísimos*) Sí, sí...

(*Petruchio salta como un energúmeno*)

PETRUCHIO.—¡¡Basta!!

LOS TRES.—¿Eh?

LUCENCIO.—¡Petruchio!

PETRUCHIO.—¡Basta ya! ¡Voto a...! ¡Caballeros! Por favor: ¿me queréis explicar todos estos enigmas? ¿Me queréis decir por qué os ha llenado de alegría mi llegada? ¿Me queréis decir por qué me habéis tomado tanto cariño? ¿Me queréis decir por qué vamos a ser de la familia? Hablad de una vez por el mismísimo infierno...

HORTENSIO.—(*Con el mayor entusiasmo*) ¡Bravo!

LUCENCIO.—(*Con enorme admiración*) ¡Qué genio!

GREMIO.—¡Qué empuje!

HORTENSIO.—¡Qué talante!

PETRUCHIO.—¡Y dale! No empecemos, no empecemos.

HORTENSIO.—¡Chiss! Calmaos...

LUCENCIO.—Escuchad... Vos habéis llegado a Padua en busca de una mujer para casaros. Pero os da lo mismo una que otra.

PETRUCHIO.—(*Con sublime indiferencia*) ¡Bah! Son todas iguales. Es decir, a veces, hay alguna peor que las demás...

LUCENCIO.—Justo. Pues bien, Petruccio, sin circunloquios, nosotros sabemos de la mujer que os conviene...

PETRUCHIO.—¡Ah! ¿Sí? ¿Estáis seguros?

LUCENCIO.—Segurísimos. Es muy hermosa...

PETRUCHIO.—(*Olímpico*) ¡Bah! Eso no tiene importancia...

LUCENCIO.—Pertenece a una de las familias más honorables de Padua...

PETRUCHIO.—Tonterías. ¿Es rica?

LUCENCIO.—¡Riquísima!

PETRUCHIO.—Entonces, no se hable más. Traedla a mi presencia y si me agrada...

(*Lucencio, Gremio y Hortensio se miran algo vacilantes*)

LUCENCIO.—Bueno...

HORTENSIO.—¡Je!

LUCENCIO.—Es que aún no os lo hemos dicho todo...

HORTENSIO.—¡Je! Falta un detalle...

PETRUCHIO.—A ver, a ver...

LUCENCIO.—Veréis. La dama tiene mal genio...

(*Y los tres se quedan mirando a Petruccio con ansiedad. Un silencio*)

PETRUCHIO.—(*Imperturbable*) Bueno, ¿y qué?

HORTENSIO.—Es célebre en toda Padua por su mal carácter y su mala lengua...

PETRUCHIO.—(*Mundano*) ¡Bah! Habladurías. Ya se sabe que estas ciudades de provincias...

GREMIO.—Es una fiera...

PETRUCHIO.—¡Oh! ¡Oh!

LUCENCIO.—(*Atónito*) Pero ¿es que no os importa?

PETRUCHIO.—¿A mí? ¡Caballeros! Me conmueve vuestra ingenuidad. Bien se ve que aún conocéis poco a Petruccio. ¡Mujeres de mal genio a mí! ¡Bah! He conocido muchas y todas han salido escarmentadas... Si algún día visitáis Verona, preguntad por Petruccio y cualquiera os podrá referir lances muy curiosos de los que fui protagonista.

(*Gremio, Hortensio y Lucencio se miran un poco confusos*)

GREMIO.—(*Con timidez*) ¡Petruccio! Debemos decíroslo todo. Esa mujer no es como las demás. Vivir con ella debe ser algo espantoso. Y en cuanto a hacerle la corte, eso...

PETRUCHIO.—¡Bah! ¡Pamplinas...! ¿Creéis que un poco de ruido puede dejar sordo a un hombre de mi talante? Conozco muy bien el rugido de los leones en la selva. He escuchado los bramidos del mar en una noche de tormenta. Sé cómo suena el cañón en la batalla y conozco el estampido de los truenos en el firmamento. Estuve en la guerra y en medio del combate oí gritos de soldados, relinchos de caballos y alaridos de trompetas... Y vosotros pretendéis ahora que me asuste el mal genio de una mujer. ¡Qué inocentes sois! (*Se pone en pie muy decidido*) ¡Señores! Si de verdad sabéis de una mujer lo suficientemente rica como para convertirse en mi esposa, aunque sea tan brava como la Jantipa de Sócrates,<sup>11</sup> aunque su furia alcance la magnitud de las olas del Adriático, traedla, y no se hable más. Vosotros seréis los testigos de mi boda...

(*Hortensio, Lucencio y Gremio prorrumpen en exclamaciones de alborozo*)

HORTENSIO.—¡Bravo!

GREMIO.—¡Soberbio!

LUCENCIO.—¡Qué hombre!

PETRUCHIO.—(*Modestamente*) Vaya, vaya... (*Transición*) Y ahora, señores, decidme: ¿quién es la dama?

HORTENSIO.—Se llama Catalina. Es hija de Bautista Minola. Un caballero rico y cortés, si los hay... Vive en esta casa.

PETRUCHIO.—Entonces, entremos. Ardo en deseos de conocer a mi prometida...

HORTENSIO.—Pero ¿ya?

PETRUCHIO.—¡Ya!

HORTENSIO.—¡Vamos!

GREMIO.—¡Vamos! ¡Vamos!

(*Entran los tres en casa de Bautista. Quedan en escena Lucencio y Tranio, al fondo*)

<sup>11</sup> Xantipa o Jantipa: esposa del filósofo griego Sócrates; según una tradición, Jantipa maltrataba a su marido.



LUCENCIO.—¡Tranio!

*(Tranio baja del fondo, con diligencia)*

TRANIO.—¡Señor!

LUCENCIO.—Comienza la aventura. Dentro de unos días Blanca será libre. Y mientras Gremio y Hortensio disputan por ella, la niña caerá rendida en los brazos de su preceptor...

TRANIO.—¡Soberbio!

LUCENCIO.—¡Chitón! Vámonos. El buen Bautista no debe conocer a Lucencio. Resultaría sospechoso que el preceptor de su hija fuera mi hermano gemelo. *(Marcha al fondo alegremente. Y desde allí se vuelve hacia la casa de Bautista)*  
¡Oh! Perdonad... ¡Señor Petrucio! Mi saludo... ¡Y mi gratitud!

*(Una reverencia gentil. Y se va por el fondo, corriendo, seguido de Tranio)*

OSCURO

#### CUADRO SEGUNDO

**E**n casa de Bautista. Rincón de un noble y lujoso aposento. Una gran entrada al fondo. Otra, menor, a la derecha.

*(En escena, Bautista, Gremio y Hortensio. Bautista pasea de un lado a otro)*

BAUTISTA.—¡No! No puede ser. No lo creo. Es mentira, mentira...

HORTENSIO.—Os juro que sí...

BAUTISTA.—¡Quia! He dicho que no lo creo y no lo creo. ¡No! No hay hombre dispuesto a casarse con Catalina. ¡Me engañáis! ¿Dónde está? ¿Dónde está ese hombre?

*(Hortensio señala la entrada del fondo)*

HORTENSIO.—Ahí...

BAUTISTA.—¿Cómo? *(Suspense)* ¿Que está ahí?

GREMIO.—En la escalera, esperando que os dignéis recibirle...

BAUTISTA.—¿Cómo? Pero, entonces, es cierto... *(Transición)* ¡Que pase!

HORTENSIO.—(*Contentísimo*) ¡Señor Bautista!

BAUTISTA.—¡He dicho que pase! ¡Que no se nos vaya! ¡Vivo!! ¡Llamadle!

HORTENSIO.—¡Oh! (*Hortensio y Gremio corren al fondo y llaman*) ¡Petruccio!

GREMIO.—¡Aprisa!

(*Y en el fondo se planta Petruccio*)

PETRUCHIO.—Señores...

(*Bautista mira a Petruccio de arriba abajo con profundo desagrado*)

BAUTISTA.—¿Es este...?

HORTENSIO.—Este. ¿Os gusta?

BAUTISTA.—Pues qué sé yo. (*Con evidente decepción*) Parece algo flojo...

PETRUCHIO.—(*Indignado*) ¡Voto a...! ¿Qué dice este anciano?

BAUTISTA.—Huy, huy, huy... A mí me parece que necesitábamos otra cosa...

PETRUCHIO.—¡Basta! (*Dignamente*) Si mi aspecto os desagrada...

BAUTISTA.—¡No! Hijo mío, no confundáis mis palabras. Es que temo que mi hija Catalina no os convenga. Y eso es lo que me apena...

PETRUCHIO.—Concretemos, señor Bautista, que a mí no me gusta perder el tiempo. Si consigo que vuestra hija Catalina me acepte por esposo, ¿qué dote tendréis a bien asignarme...?

BAUTISTA.—Hijo... Cuando yo muera, serán para vos la mitad de mis tierras. Y en el acto de la boda os entregaré veinte mil coronas de regalo.

PETRUCHIO.—Hum... Veinte mil. ¿Nada más?

BAUTISTA.—¡Treinta mil!

PETRUCHIO.—Hum... No sé, no sé.

BAUTISTA.—¿Os parece poco?

PETRUCHIO.—¡Pche! Quizá me había hecho ilusiones...

HORTENSIO.—(*Impaciente*) ¡Señor Bautista! ¡Que no es momento de regatear!

BAUTISTA.—(*Como un héroe*) ¡Cuarenta mil!

PETRUCHIO.—Bien, bien. Sean las cuarenta mil. No soy interesado. Podéis ir redactando el contrato a fin de que todo esté en orden...<sup>12</sup>

BAUTISTA.—Bueno. (*Tímidamente*) Pero aún nos falta saber si Catalina consiente en amaros...

<sup>12</sup> El regateo en torno a la dote de Catalina es totalmente invención de Ruiz Iriarte, que acentúa así el carácter de Petruccio y, con ello, la comicidad de la representación.

PETRUCHIO.—¡Bah! Puro trámite. Os aseguro, caballero, que si vuestra hija es altanera y difícil, yo soy terco y obstinado. Todo buen viento absorbe los débiles vientecillos... Ella será la brisa y yo el huracán. Porque, sabedlo de una vez: mi carácter es rudo y no hago el amor como un chiquillo, ¿eh?

BAUTISTA.—(*Muy emocionado*) Hijo... Te deseo toda clase de suertes. Pero, prepárate, prepárate. Voy a buscar a Catalina.

PETRUCHIO.—Id pronto. ¡Voto a...! Que ya estoy deseando conocer a esa brava moza y tener una charla con ella.

BAUTISTA.—Voy, voy... (*Va hasta el fondo, desde allí se vuelve, se queda mirando a Petruccio, mueve la cabeza y, sin poderlo remediar, se va murmurando*) Padre nuestro que estás en los cielos...

(*Sale. Gremio y Hortensio están emocionadísimos*)

HORTENSIO.—¡Petruccio! ¡Vos no le tenéis miedo a nada!

PETRUCHIO.—¡Bah! La montaña no se conmueve aunque el aire la azote toda la eternidad...

HORTENSIO.—¿Nos permitís presenciar vuestro encuentro con Catalina escondidos detrás de esas cortinas?

PETRUCHIO.—(*Generosamente*) Por mí... Si ello os sirve de aprendizaje...

HORTENSIO.—Entonces, ven conmigo, Gremio...

(*Se ocultan Hortensio y Gremio tras las cortinas de la derecha. Queda Petruccio solo. Toma asiento olímpicamente y espera. En el acto se oyen dentro grandes voces de Catalina, que llega por el fondo*)

CATALINA.—(*Dentro*) ¡Dejadme! ¡No me toquéis! ¡Dejadme os digo!

BAUTISTA.—(*Dentro*) Hija... hija mía.

BLANCA.—(*Dentro*) Hermana mía... calmaos.

BAUTISTA.—(*Dentro*) ¡Sed prudente!

CATALINA.—(*Dentro. Un grito*) ¡¡Dejadme!!

(*Y cuando aún no se han extinguido las voces, aparece en el fondo Catalina, como soltándose de todos los brazos que la sujetan*)

CATALINA.—¿Dónde está? ¿Quién es? ¿Quién es ese pícaro, granuja, desvergonzado? ¿Dónde está, que le araño y le saco los ojos y le arranco la lengua? (*Un chillido*) ¡Ayyyyy...! ¿Quién es?

*(Petruccio, tranquilamente, se vuelve y la mira de arriba abajo, imperturbable)*

PETRUCHIO.—Hola.

*(Catalina avanza mirándole fijamente, con los ojos brillantes de furia. Es una mirada larga, escalofriante)*

CATALINA.—¡Ah! Es este... Este larguirucho, desgarbado, pelirrojo.<sup>13</sup> ¡Este!!

*(Petruccio continúa sin moverse, mirándola con mucha atención)*

PETRUCHIO.—¡Caramba! ¿Quién sois, buena mujer? *(Muy interesado)* ¿Sois, por ventura, alguna vieja criada de la casa?

*(Catalina se queda inmóvil, inmovilizada por el estupor, con la mano en alto. Un grito sofocado)*

CATALINA.—¿Qué?! ¡Yo!

PETRUCHIO.—Al menos, eso es lo que parecéis por vuestro aspecto...

CATALINA.—¡Ayyy...!

PETRUCHIO.—Pues si sois una criada, como calculo, id corriendo al aposento de vuestra ama Catalina y decidle que aquí la espera un noble caballero de Verona, hecho a todos los peligros y dispuesto a contraer matrimonio con ella.

CATALINA.—¿Qué? ¿Qué ha dicho...? ¿Yo, la criada?<sup>14</sup>

PETRUCHIO.—Pero, antes, esperad, buena mujer. Porque a pesar de lo tosco de vuestra apariencia, me inclino a charlar un poco con vos. *(Confidencial)* Decidme: ¿de verdad vuestra ama Catalina es tan brava, zafia y grosera como dicen? Pues, si lo es, advertidle que no andaré con miramientos; que tengo el genio brusco y la mano dura, y que cuando me excito... *(Se levanta y, mirándola fijo, va hacia ella lentamente. Catalina, a su pesar, retrocede. De pronto, Petruccio tiene una transición y se vuelve tranquilamente y se sienta de nuevo)* ¡Hala! Id a buscar a Catalina, buena mujer...

<sup>13</sup> Pelirrojo porque el actor Fernán-Gómez lo era. También fue encarnó a El Pelirrojo de *Los ladrones somos gente honrada* (1941) de Enrique Jardiel Poncela.

<sup>14</sup> El que Petruccio confunda –o finja confundir– a Catalina con una criada es totalmente invención de Ruiz Iriarte. En la obra de Shakespeare, desde el primer momento en que la ve se dirige a ella como «Cata».

CATALINA.—¡¡No!! ¡No quiero! ¡No quiero!

PETRUCHIO.—¡Demonio! ¿Por qué?...

CATALINA.—¡Catalina soy yo!

PETRUCHIO.—¿Cómo? (*La mira extrañadísimo*) ¿Vos, Catalina?

CATALINA.—¡Sí! ¡Yo, yo, yo soy Catalina...!

PETRUCHIO.—¡Quia!

CATALINA.—¿Cómo?

PETRUCHIO.—No puede ser. Me habían hablado de la bravura de Catalina, y a vos, pobrecilla, os encuentro una tierna paloma, dulce como la miel...

CATALINA.—¿Queréis que os lo demuestre? ¿Queréis probar la dulzura de mis uñas en vuestro rostro? ¿Eh? ¿Es eso lo que queréis? Desvergonzado, bellaco, traidor...

PETRUCHIO.—Bien, bien. (*Filosóficamente*) Ya me vas pareciendo Catalina. Entonces, acércate; puedes sentarte en mis rodillas y cubrirme el rostro de caricias...

CATALINA.—¿Qué? ¿Que yo me siente en vuestras rodillas? ¿Que os cubra el rostro de caricias?

PETRUCHIO.—(*Mundano*) Bah, bah. Entre novios...

CATALINA.—Conque eso habíais soñado, ¿eh? ¡Que yo me sentara en vuestras rodillas! Claro que no me extraña. Para eso se han hecho los borricos. Para soportar la carga...

PETRUCHIO.—¡Leve carga, Catalina! Eres tan joven y tan ligera...

CATALINA.—Demasiado ligera para dejarme cazar por un bravucón desaprensivo como vos...

PETRUCHIO.—Mi pequeña avispa: ¿es que picas más alto?

CATALINA.—Pico donde quiero. Y a vos, si no os vais pronto, os picaré en la lengua...

PETRUCHIO.—Un momento. ¿Es que me encuentras demasiado joven para ti?

CATALINA.—¿¡Qué!?! ¿Qué ha dicho...? (*Un grito*) ¡Ay! ¡¡Ayyy...!!

PETRUCHIO.—¡Oh!

CATALINA.—¡Marchaos! ¡Marchaos pronto! Iros de aquí. Si no salís pronto, os pegaré... Lo juro. Lo juro.

PETRUCHIO.—¡Bah! No me iré. Me habían dicho que eras indómita, desagradable y rebelde, y ahora veo que todo eran feas calumnias de la gente. La verdad es que eres una delicia de criatura, tierna, obsequiosa, dulce y cortés. No miras de reojo; no te muerdes los labios; no dicen inconveniencias; eres amable con las visitas que llegan a tu casa. Sé que en este momento estás rabiando por darme un beso, aunque te contiene tu natural pudor de muchacha discreta...

CATALINA.—¡Estúpido! ¡Más que estúpido!... ¿Dónde habéis aprendido todos esos discursos?

PETRUCHIO.—¡Oh! Me enseñó mi buena madre, que era muy ingeniosa...

CATALINA.—¡Pobre madre! Tan lista y sacó un hijo tonto...

*(Petruchio se vuelve rápidamente)*

PETRUCHIO.—¿Qué? *(Transición)* Mira, muchacha. Dejémonos de retórica y palabrería. Hablemos claro. Tu padre consiente en que seas mi esposa. Hemos convenido ya la dote y quieras o no quieras te casarás conmigo. Porque soy yo, ¿me oyes?, el único marido que te conviene. Yo, que he venido para domarte. Para transformar una Catalina salvaje en una Catalina humilde y sumisa como todas las Catalinas del mundo...

*(Catalina se revuelve y le mira con fiereza)*

CATALINA.—¿De veras? ¿Estáis seguro?

PETRUCHIO.—¡Sí!

CATALINA.—Pues, mirad... Mirad cómo recibe Catalina a su domador.

*(Y con toda su alma le abofetea. Son dos bofetadas, una en cada mejilla, rápidas, irremediables. En el acto, como si hubieran estado presenciando la escena, surgen por el fondo Blanca y Bautista, y por la derecha Gremio y Hortensio)*

TODOS.—¡Oh!

BAUTISTA.—¡Catalina!

BLANCA.—¡Jesús!

*(Petruchio, muy sereno, sin inmutarse, con la última bofetada ha cogido en el aire la muñeca de Catalina. Se la retuerce. Ella, grita)*

CATALINA.—¡Ayyy...!<sup>15</sup>

---

15 En la comedia de Shakespeare, Catalina amenaza con golpear a Petruchio y le agrade verbalmente, pero en ningún momento se dice que llegue a golpearle, como tampoco él llega a agredirla físicamente.

*(Cae derrumbada de rodillas a los pies de Petruchio. Este le suelta la muñeca. Se la queda mirando. Sonríe... Muy bajo, casi para sí mismo, dulcemente, tiernamente)*

PETRUCHIO.—¡Dios mío! ¡Qué bonita es! *(Un silencio. De pronto, una transición)*  
No me gusta.

TODOS.—*(Estupefactos)* ¿Cómo?

PETRUCHIO.—Nada, nada, que no me gusta...

*(Y muy decidido, con evidente disgusto, marcha a sentarse a la izquierda)*

CATALINA.—*(Atónita. Todavía en el suelo)* ¿Qué? ¿Que no le gusto? *(Blanca y Bautista acuden a Catalina. Gremio y Hortensio van hacia Petruchio)* ¡¡Padre!!  
Dice que no le gusto...

BAUTISTA.—Calma, hija. No hay que perder la esperanza...

HORTENSIO.—Pero Petruchio... Miradla bien.

GREMIO.—¿Decís que no os gusta?

PETRUCHIO.—Nada, nada. Lo siento muchísimo, señores. Pero nuestro compromiso queda roto...

HORTENSIO.—¡Petruchio!

GREMIO.—¡Oh! ¡Santo Dios!

CATALINA.—¡¡Padre!! ¿Qué dice este hombre?

HORTENSIO.—*(Con desesperación)* Pero ¿qué la encontráis?

PETRUCHIO.—Pues la encuentro algo raro...

CATALINA.—*(Un grito)* ¿¡Qué!? ¡¡A mí!!

PETRUCHIO.—Y no me refiero a su carácter, que, después de todo, bien se ve que la pobre es unaavecilla...

CATALINA.—¡Ayyy...!

PETRUCHIO.—No, no es eso... Es algo distinto.

*(Gremio y Hortensio pasan a la derecha y se dedican a examinar a Catalina con enorme interés)*

HORTENSIO.—No lo entiendo. Tiene los ojos bonitos...

GREMIO.—Su pelo es adorable...

HORTENSIO.—Las manos son delicadas... *(Transición. Apuradísimo)* ¡Petruchio!  
Por favor: ¿qué le encontráis de malo?

PETRUCHIO.—Pues... (*Petruchio se queda mirando a Catalina con ojo crítico. Ella, a su pesar, espera, anhelante, el resultado del examen. Todos aguardan con ansiedad. Un silencio...*) La nariz.

TODOS.—¿Cómo?

CATALINA.—¿Qué tiene que decir de mi nariz?

PETRUCHIO.—Que no me gusta. Eso es todo.

CATALINA.—¡Ayyy...!

TODOS.—¡Oh!

*(En este momento pasan Bautista y Tranio a la izquierda, de modo que Petruchio, sentado, queda rodeado de Hortensio, Gremio, Tranio y Bautista. A la derecha, Catalina y Blanca)*

CATALINA.—¡Déjame! ¡Déjame que le arañe...!

BLANCA.—¡Quieta, Catalina!

HORTENSIO.—¡Petruchio! Por piedad...

GREMIO.—¡Por favor! Eso de la nariz...

BAUTISTA.—¡Hijo mío! Con un poco de voluntad...

PETRUCHIO.—Pero, señores, ¿cómo me voy a casar con un mujer cuya nariz me produce desagrado? Daos cuenta...<sup>16</sup>

HORTENSIO.—Pero, Petruchio, Catalina tiene otros encantos...

PETRUCHIO.—¿Vos creéis? No sé, no sé... (*Y se queda mirando a Catalina con un aire francamente escéptico*) ¡Muchacha! Ponte en pie...

CATALINA.—(*Con toda su alma*) ¡¡No quiero!!

TODOS.—¡Oh!

*(Todos se vuelven indignados e increpan a Catalina)*

BAUTISTA.—¡Ponte en pie!

HORTENSIO.—¡Que se ponga de pie!

GREMIO.—¡Que se levante!

HORTENSIO.—¡¡Vivo!!

BLANCA.—¡Catalina! Hermana mía... Ponte de pie.

<sup>16</sup> También este rechazo de Catalina por parte de Petruchio debido a su nariz es una aportación original de Ruiz Iriarte. En la comedia de Shakespeare, termina el diálogo entre ambos con la negativa de Catalina a casarse con Petruchio el próximo domingo, la cual le increpa: «¡Primero te veré ahogar el domingo!».



*(Catalina los mira a todos y, luego, silenciosamente, como una pequeña fiera acorralada, se pone en pie lentamente, con los ojos clavados en el suelo)*

TODOS.—¡Ah!

*(Petruchio mira muy atento a Catalina. Un silencio. Y luego, muy natural)*

PETRUCHIO.—Date la vuelta.

CATALINA.—¡¡No!! Eso, no. La vuelta, no; la vuelta, no...

TODOS.—¡Oh!

PETRUCHIO.—¡Señores! Comprendedlo. Si no se da vuelta yo no puedo apreciar...

*(Todos se vuelven e increpan a Catalina)*

BAUTISTA.—¡¡Catalina!! ¡Obedece!

BLANCA.—Pero, mujer...

HORTENSIO.—¡Que se dé la vuelta!

GREMIO.—¡Aprisa!

HORTENSIO.—*(Con desesperación, nerviosísimo)* ¡Que se dé la vuelta...! ¡He dicho que se dé la vuelta!...

CATALINA.—¡Con que sí, ¿eh?! Pues mirad...

TODOS.—¡Ay!

*(Catalina, hecha una furia, corre y va hacia Petruchio, con la mano en alto. Petruchio se pone en pie. La toma de la cintura, con violencia... Se sienta. La coloca sobre sus rodillas. Y empieza a sacudirle azotes con todo entusiasmo)*

TODOS.—¡Oh!

HORTENSIO.—¡Petruchio!

GREMIO.—¡Señor Petruchio!

CATALINA.—*(Desgarradoramente)* ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Malvado! ¡Asesino! ¡Criminal!

*(Sigue chillando. Petruccio, al cabo, se la desprende de sí, y casi la arroja contra el suelo. Y sin perder la compostura, se pone en pie)*<sup>17</sup>

TODOS.—¡Oh!

BAUTISTA.—¡Qué hombre!

*(Petruccio se compone ligeramente el vestido. Mira a Catalina y después dirige una larga mirada en torno)*

PETRUCHIO.—¡Señores! Mantengo mi palabra. Me caso con ella.

*(Un gran alborozo)*

TODOS.—¡Bravo!

GREMIO.—¡Se casa!

HORTENSIO.—¡Se casa! ¡Se casa!

GREMIO.—¡Viva Petruccio!

TODOS.—¡Viva!

PETRUCHIO.—*(Modestamente)* Bueno, bueno... *(Ya ha llegado a la puerta del fondo, rodeado de Hortensio, Bautista y Gremio. Allí se detiene un momento y se vuelve muy tonante)* ¡Suegro!

BAUTISTA.—¡Hijo!

PETRUCHIO.—La boda será el domingo. ¡Que dispongan la iglesia con flores y músicas! Yo voy a Venecia para comprar los regalos. Preparad el banquete y avisad a los invitados. ¡Ah! Y para que no haya errores, tened bien contadas las talegas de la dote...<sup>18</sup>

BAUTISTA.—Sí, hijo. Todo. Todo lo que tú digas...

*(Y sale Petruccio por el fondo, rodeado de Hortensio, Gremio y Bautista. Un silencio. En escena han quedado Catalina y Blanca. Aquella todavía en el suelo, aún sin incorporarse... Tal como la dejó Petruccio, mirando hacia el fondo, con los ojos brillantes de*

17 Ni los azotes de Petruccio a Catalina ni el hecho de arrojarla contra el suelo estaban presentes en la comedia original, sino que suponen una nueva aportación de Ruiz Iriarte, quien incrementa notablemente los detalles de violencia física de la obra de Shakespeare, tanto por parte de Catalina como de Petruccio, aunque sin salirse del tono de la comedia de humor.

18 Nuevamente Ruiz Iriarte incide en el carácter codicioso de Petruccio, mediante un detalle que tampoco estaba en la comedia original.

*coraje y de rencor. Blanca, a la izquierda, está asustadísima. Muy aprisa, de puntillas, cruza la escena y va junto a Catalina)*

BLANCA.—¡Catalina! ¡Hermana mía! Mira que te conozco. ¿Qué estás pensando? Dímelo...

CATALINA.—¡Oh! Pienso en mi venganza...

BLANCA.—¡Jesús! ¿Qué vas a hacer?

CATALINA.—¿Que qué voy a hacer? *(Catalina la mira. Luego se queda mirando al fondo. Vuelve a mirar a Blanca. Y con un increíble fulgor en los ojos, dice) Me voy a casar con él...*

OSCURO

### CUADRO TERCERO

**E**l mismo decorado del cuadro primero. La plaza. Música. Sobre el oscuro va haciéndose, poco a poco, la luz, como en un amanecer que da lugar a un día radiante y luminoso.

*(Cuando ya se ha hecho totalmente de día, irrumpen cada una por un arco de los soportales del fondo Silvia, Diana y Lucía. Con sus pasitos menudos, al ritmo de la música, evolucionan en el centro y, luego, siempre sobre la música, Silvia y Diana marchan hacia la izquierda y abren de par en par las puertas de la iglesia, mientras Lucía, junto a la fachada, simula tirar de un gran cordón inexistente que promueve un real y alegre repique de campanas mezclado con la música. Después, las tres se reúnen otra vez en el centro y prosiguen su danza hasta que se confunden con los invitados que empiezan a llegar, y hacen mutis por el fondo. Siguen llegando invitados durante el transcurso de las escenas siguientes. Entre ellos aparecen Gremio y Hortensio, que van, juntos, hasta la puerta de la iglesia. Están los dos muy alborozados)*

HORTENSIO.—¡Gremio! ¡Qué gran día para nosotros! ¡Hoy se casa Catalina!

GREMIO.—¡Al fin! Blanca es libre para elegir marido.

HORTENSIO.—¡Un abrazo, Gremio!

GREMIO.—¡Un abrazo!

*(Se abre una ventana de la casa de Bautista. Este se asoma e inquiere)*

BAUTISTA.—Buenos días, caballeros. ¿Ha llegado el novio?

HORTENSIO.—Todavía, no, señor Bautista.

BAUTISTA.—¡Hola! ¿Y cómo es ello, si ya es la hora señalada para la boda? ¡Diablo! Esto no me gusta...

*(Desaparece de la ventana. Hortensio y Gremio se miran con cierto susto)*

HORTENSIO.—¡Gremio! El viejo caballero tiene razón. ¿Por qué no está aquí ya Petruccio? La iglesia está dispuesta, los invitados llegan...

GREMIO.—*(Con alarma)* ¿Piensas que quizá Petruccio se arrepienta?

HORTENSIO.—¡Calla! No puedo creerlo.

GREMIO.—Yo tampoco.

HORTENSIO.—Esperemos...

GREMIO.—Esperemos...

*(Están los dos sentados en el banco de la izquierda. Se callan. Luego se miran. Sonríen)*

HORTENSIO.—¡Je! Con franqueza, Gremio: ¿tienes esperanzas de ser elegido marido de Blanca?

GREMIO.—Con toda franqueza, Hortensio: tengo muchas esperanzas...

HORTENSIO.—¿De veras? *(Con ceño)* Pues no me lo explico, porque yo estoy casi, casi seguro de que el elegido seré yo...

GREMIO.—¡Hola! ¿Y puedo saber por qué?

HORTENSIO.—¡Gremio! *(Muy alterado)* No me provoques, no me provoques...

*(Ábrese la puerta de la casa de Bautista y surgen Blanca y Bautista)*

BAUTISTA.—¡Alabado sea Dios!

*(Gremio y Hortensio, al ver a Blanca, se ponen en pie, casi de un salto, y se quedan deslumbrados, como en éxtasis)*

GREMIO.—¡Oh! Mírala...

HORTENSIO.—Ella...

GREMIO.—¡Dulce Blanca!

BLANCA.—(*Ruborizadísima*) Caballeros... ¡Ay, Jesús!

*(Muy sofocada, toma asiento en el banco de la izquierda, casi vuelta de espaldas a los demás. Gremio y Hortensio se lanzan sobre Bautista y le acosan llenos de ímpetu)*

HORTENSIO.—¡Señor Bautista!

GREMIO.—¡Escuchad!

BAUTISTA.—(*Asustado*) ¡Caballeros!

HORTENSIO.—Ha llegado el día soñado por nosotros. Dentro de unos minutos, Catalina estará casada y vos podréis conceder la mano de Blanca a quien os plazca... Pero no olvidéis, señor, que yo he sido su primer pretendiente.

GREMIO.—¿El primero? (*Muy sulfurado*) ¿Y por qué el primero? ¿Por qué? Vamos a ver.

HORTENSIO.—(*Todo furia*) ¡El primero he dicho!

BAUTISTA.—¡Orden! ¡Orden!

GREMIO.—Yo la amo con más pasión, con más fuego...

HORTENSIO.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y eso quién lo prueba? ¿Eh?

BAUTISTA.—(*Conciliador*) ¡Alto! ¡Alto, caballeros! Procedamos con orden, y yo os daré la solución. Escuchadme. Aquel que de vosotros dos me ofrezca la más rica dote, ese, señores míos, ese obtendrá la mano de Blanca...

LOS DOS.—(*Como un rugido*) ¡Hum!...

BLANCA.—(*Apuradísima*) ¡Ay, Jesús! ¡Qué rubor!

BAUTISTA.—Veamos. ¿Qué ofrecéis vos, señor Gremio? ¿Y vos, señor Hortensio?

*(Hortensio y Gremio se lanzan, llenos de entusiasmo, atropellándose el uno al otro)*

GREMIO.—¡Ofrezco mi casa! ¡Mis jarros de plata y mis jofainas de oro!

HORTENSIO.—¡Yo doy mis tapices de Tiro! Mis cofres de marfil repletos de coronas. Mis colchas bordadas. Mis cortinas antiguas...

BLANCA.—(*Dulcemente estremecida*) ¡Dios mío!

GREMIO.—¡Ricos vestidos! ¡Perlas y diamantes! ¡Damascos de Venecia! ¡Mi granja en el campo!

HORTENSIO.—¡Mis casas de Pisa!

BLANCA.—¡Ay!

GREMIO.—¡Mis cien vacas lecheras!

HORTENSIO.—¡Mis bueyes bien cebados!

GREMIO.—¡Mis caballos!

HORTENSIO.—¡Dos mil ducados de renta!

GREMIO.—¡Alto! Si Blanca consiente en ser mi esposa, será la dueña de un galeón que a estas horas navega rumbo a Marsella...

BAUTISTA.—(*Conmovidísimo*) ¡Cielos! ¡Un galeón!

HORTENSIO.—(*Embalado*) ¡¡Tres!!

BAUTISTA.—¿Cómo?

HORTENSIO.—¡Yo tengo tres! ¡¡Tres galeones!!

BAUTISTA.—¡¡Tres!!

BLANCA.—¡Ayyy...!

GREMIO.—(*Rabiosísimo*) Pero son más pequeños...

HORTENSIO.—¡Mentira!

GREMIO.—Son más pequeños, son más pequeños...

BAUTISTA.—Caballeros, caballeros...<sup>19</sup>

*(En este momento se abre la ventana de la casa y asoma Catalina, ya vestida de novia)*

CATALINA.—¿Ha venido Petrucchio?

BLANCA.—¡No!

CATALINA.—¡Ayyy...! Ese maldito me deja plantada, me deja plantada.

*(Desaparece de la ventana. Bautista, entre Gremio y Hortensio, se limpia el sudor)*

BAUTISTA.—Gremio, Hortensio. Nunca creía que fuerais tan ricos. ¿Quién puede elegir entre dos fortunas tan cuantiosas? Lo más sabio y prudente será dejar que la propia Blanca escuche la voz de su corazón...

*(Blanca se ruboriza muchísimo, muy turbada mira al uno y al otro)*

BLANCA.—¡Oh, padre! Mi corazón... *(De pronto, muy interesada)* ¿Quién dijo que tenía tres galeones?

---

<sup>19</sup> En la comedia de Shakespeare, esta pugna en la que dos contendientes muestran su dote no se produce entre Gremio y Hortensio, sino entre Gremio y Tranio, disfrazado de Lucencio. La pugna se produce en términos muy distintos, con largos parlamentos en los que cada uno describe detalladamente su dote. Ruiz Iriarte ha prescindido de detalles y matices a cambio de ganar agilidad y dinamismo en esta escena.

HORTENSIO.—¡Yo!!

BLANCA.—¡Oh! (*Transición. Como antes*) ¿De quién son las cien vacas?

GREMIO.—¡Mías!!

BLANCA.—(*Santiguándose*) Jesús, Jesús, Jesús...

LOS DOS.—¡Oh!

(*Se abre otra vez la ventana y aparece de nuevo Catalina*)

CATALINA.—¿Ha venido...?

BLANCA.—Aún, no...

CATALINA.—¡Ay, que no viene! (*Rabiosísima*) ¡Ay, que no viene!

(*Bautista se vuelve, gravemente, a Hortensio y a Gremio*)

BAUTISTA.—¡Caballeros! Daos cuenta de la situación. Es inútil que prosiga vuestra disputa por la mano de Blanca si Petruccio no acude a casarse con Catalina. Ved ya a la muchacha vestida de novia. Ved a los invitados que esperan y comentan... El sacerdote nos aguarda. ¿Qué hace Petruccio? ¿Por qué no viene? ¿Por qué nos somete a esta afrenta?

CATALINA.—No vendrá, no vendrá. Lo sé. Estoy segura. Me dejará dispuesta y burlada al pie de la iglesia.

BAUTISTA.—¡Hija mía!

CATALINA.—Os digo que no vendrá. Porque no es un caballero; es un loco grosero que hace el amor a empujones y a bofetadas y querrá casarse el día que a él le plazca, si es que le place... Os lo dije, os lo dije. Igual que a mí, haría el amor a otra cualquiera; daría una fecha para la boda, anunciaría las amonestaciones, y todo, todo, sin haber tenido la idea de cumplir su palabra. Os lo dije. Es un loco malvado y cruel. Mirad, mirad cómo me observan todos. Ya empiezan a reírse de Catalina. Ya se dicen unos a otros: «está vestida de novia; pero será la esposa de Petruccio, si a Petruccio le gusta, si Petruccio quiere...» (*Un grito*) ¡Ayyy! ¿Qué han hecho conmigo? ¿Qué han hecho con Catalina?

(*Y desaparece dando un portazo a la vidriera de la ventana*)

TODOS.—¡Oh!

BAUTISTA.—¡Dejadla! Que grite cuanto le plazca. Hoy no seré yo quien la riña. Ninguna mujer soportaría este insulto. Y menos que ninguna, ella, tan brava y tan malhumorada... ¡Pobre hija mía!

HORTENSIO.—(*Muy jaque*) ¡Basta! Se acabó. Voy en busca de Petruchio, y esté donde esté, os juro que le obligaré a cumplir su palabra...

GREMIO.—Yo voy contigo. ¡Vamos!

*(Marchan los dos hacia el fondo. Pero antes de que lleguen allí, surgen en el arco del centro, muy alegres, muy alborozadas, Silvia, Diana y Lucía)*

SILVIA.—¡Ya viene Petruchio!

DIANA.—¡Ya llega Petruchio!

LUCÍA.—¡Ya está aquí Petruchio!

INVITADOS.—¡Petruchio! ¡Petruchio!

*(Miran todos hacia el fondo, y entre las tres muchachas, rodeado por ellas, surge Petruchio)<sup>20</sup>*

PETRUCHIO.—¡Salud, amigos!

TODOS.—¡Petruchio! ¡Petruchio!

PETRUCHIO.—¡Señoras! ¡Caballeros! (*Petruchio avanza hasta primer término, siempre rodeado por Silvia, Diana y Lucía*) Buenos días, suegro. Mi linda cuñada... Salud, Hortensio. Dios os guarde, Gremio. ¿Dónde está Catalina? ¿Dónde está mi mujercita? ¡Ah! Me la imagino toda rubores, nerviosa e impaciente por convertirse en mi esposa... Mas, ¿qué ocurre? ¿Qué caras son esas? Juraría, parientes y amigos, que estáis algo enojados. ¿Por qué me miráis de ese modo?

BAUTISTA.—¡Señor Petruchio! Estábamos muy dolidos por vuestro retraso en acudir a la ceremonia de la boda. Pero, más aún ahora, que vemos las causas...

PETRUCHIO.—Bah, bah. Paparruchas... Que me entretuvo la cháchara de estas muchachas y se me olvidó que hoy me tenía que casar. Eso es todo.

TODOS.—¡Oh!

BAUTISTA.—¡Se le olvidó! ¡Santo Dios! (*Horrorizado*) ¿Y ese traje...? ¿Qué significa ese traje?

PETRUCHIO.—(*Extrañadísimo*) ¿Mi traje? ¿Qué tenéis que decir de un traje que ha sido cortado por el más exquisito sastre de Verona?

BAUTISTA.—Pero si estáis cubierto de harapos...

---

<sup>20</sup> En la comedia original, Petruchio se presenta el día de su boda acompañado de su lacayo, mal vestido como él, y no de tres doncellas.



PETRUCHIO.—¡Bah! Porque sorprendí a unos mozos riñendo y me detuve para ver quién tenía la razón...

TODOS.—¡Oh!

PETRUCHIO.—Mas, ¿qué importa el traje? Cubierto de andrajos o de sedas, Petruccio siempre es un caballero. Vamos, suegro. Ganemos el tiempo perdido. Llamad a la novia y abrid con ella el cortejo. ¡Que suene la música! ¡Que lluevan flores sobre el altar! ¡Petruccio, el de Verona, se casa!

*(Comienza la música en el interior de la iglesia. Animación entre los invitados. Bautista se acerca a la casa y llama)*

BAUTISTA.—¡Niña! Que ya está aquí Petruccio...

CATALINA.—*(Dentro)* ¡No quiero! Ahora, no quiero...

BAUTISTA.—¡Huy, huy, huy...!

*(Y entra en la casa. Hortensio y Gremio se inclinan rendidamente ante Blanca)*

HORTENSIO.—*(Dulcemente)* ¡Blanca!

BLANCA.—Hortensio...

GREMIO.—¡Blanca!

BLANCA.—Gremio...

*(Se abre la puerta de la casa y aparece Bautista tirando de una mano de Catalina, que se resiste)*

CATALINA.—¡No quiero! Padre, que no quiero...

BAUTISTA.—¡Y dale!

CATALINA.—He dicho que no quiero...

*(Al pasar Catalina y Bautista ante Petruccio, este se inclina profundamente)*

PETRUCHIO.—¡Dulce Catalina! Acepta el homenaje de tu esposo...

CATALINA.—Os odio, os aborrezco... Os detesto. ¡Rufián!<sup>21</sup>

PETRUCHIO.—¡Oh!

---

21 La negativa de Catalina a casarse tras el retraso de Petruccio es invención de Ruiz Iriarte, para acentuar su carácter rebelde.

*(Tirando de ella, Bautista marcha con Catalina hacia la iglesia. Siguen Petruccio, Blanca, Gremio y Hortensio. A continuación, los invitados. Cierran la comitiva Silvia, Diana y Lucía. Van entrando lentamente en la iglesia. Cuando todos han desaparecido, después de unos instantes en que la escena está sola y aún continúa oyéndose la música, surge risueño y cauteloso, en el fondo, Lucencio, seguido de Tranio. Lucencio, casi de puntillas, se acerca a la iglesia y desde el umbral mira hacia el interior)*

TRANIO.—¿Qué? ¿Ya?

LUCENCIO.—¡Ya! Los novios en pie ante el altar. El sacerdote explica su plática... Dentro de unos segundos, todo estará consumado. ¡Blanca será libre! *(Vuelve al centro, llevándose a Tranio)* ¡Tranio! Dispongo ya de cartas que me acreditan ante el viejo Bautista como el mejor preceptor que puede encontrar en Padua para la niña. Mañana, las puertas de esa casa se abrirán para mí. Y conmigo, entrará el amor. Yo traeré la ciencia y la ilusión. Detrás de un aforismo latino, un requiebro gentil a sus ojos de diosa. Dentro de una máxima, un donaire para sus dulces labios. En el fondo de una lección de filosofía, el porqué de mi amor. Y en medio de toda la sabiduría, un te quiero, te quiero, te quiero inagotable, y sin fin...

TRANIO.—¡Señor Lucencio! Pero ¿tan seguro estáis de vos mismo?

LUCENCIO.—¡Oh! ¿Puede ocurrir otra cosa? ¿Crees que Gremio y Hortensio, tan simples y toscos para el amor, pueden ganarme la partida? Blanca será mía.

TRANIO.—¡Dios nos asista! ¡Sois un mozo extraordinario, mi señor Lucencio!

LUCENCIO.—¡Calla! Parece que algo ocurre ahí dentro. Veo inquietud entre los invitados... ¿Qué es eso? *(Surge Gremio, casi corriendo de la iglesia)* ¡Querido Gremio!

GREMIO.—¡Ay, Lucencio! No puedo creerlo... Es una fiera.

LUCENCIO.—¿Quién? ¿Catalina!

GREMIO.—¡Oh, no! ¡Petruccio!

TRANIO.—Pero, señor... No diréis que es peor él que ella.

GREMIO.—¡Que si lo digo! Y con todas mis fuerzas. Ella, a su lado, es una infeliz. ¿Sabéis lo que ha hecho ese monstruo, Lucencio? Pues, escuchad. Cuando el silencio era mayor en la iglesia, cuando todos los invitados seguían la ceremonia, entre rezos, con la mayor devoción, cuando el sacerdote, como es de ritual, preguntó: «¿Queréis, señor Petruccio, a Catalina por esposa?»

Entonces él, el monstruo, sin respeto alguno para la compostura que se debe al lugar, contestó gritando como un trueno: «¡Por la dote, vive Dios! ». <sup>22</sup>

LUCENCIO.—(*Con espanto*) ¡No!

TRANIO.—(*Horrorizado*) ¡No es posible!

GREMIO.—Lo es, amigos. Os lo juro. Es un monstruo del infierno. Porque aún hubo más...

LUCENCIO.—¡Dios! ¿Qué hubo?

GREMIO.—Pues hubo que Petruccio empezó a lanzar juramentos como un condenado. Al pobre sacerdote, que se quedó estupefacto y sin fuerzas, porque nunca había visto nada parecido, se le cayó el libro de las manos y, cuando se inclinó para cogerlo, Petruccio, como un loco, le pegó un soberano empujón y el libro y el sacerdote rodaron juntos por el suelo...

LUCENCIO.—¡Qué horror!

TRANIO.—Pero ¿y ella? ¿Qué hacía entretanto la infeliz?

GREMIO.—Ella, como asustada, como ausente, con el terror en los ojos, parecía una cordera acorralada. Él juraba y rugía, como si fuera el sacerdote quien le hubiera ofendido a él y no él al sacerdote... Y ya no sé más. Salí corriendo de la iglesia...

(*Surge de la iglesia, muy nervioso, Hortensio*)

HORTENSIO.—¡Gremio! ¡Lucencio! Es horrible...

LUCENCIO.—¿Qué pasa ahora?

HORTENSIO.—Le ha pegado, le ha pegado...

LUCENCIO.—¿Al cura?

HORTENSIO.—¡No! Al sacristán.

LUCENCIO.—¡Cristo!

GREMIO.—¡Por todos los santos...! ¿Y por qué le ha pegado?

HORTENSIO.—Porque no le gusta. Eso ha confesado. Dice que le repugna el pobrecito porque tiene la barba gris...

TODOS.—¡Oh!

(*Surgen de la iglesia, asustadas, gritando y alborotadísimas, Silvia, Diana y Lucía*)

<sup>22</sup> Otra invención de Ruiz Iriarte, que incide una vez más en el carácter codicioso de Petruccio, al tiempo que acentúa la comicidad de la escena. En la comedia de Shakespeare, a la pregunta de si consiente en tomar a Catalina por esposa, Petruccio contesta «¡Sí, voto a Dios!«.

LAS TRES.—¡Ay!

LUCENCIO.—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa ahora?

SILVIA.—¡La está besando...!

DIANA.—¡En medio de la iglesia! ¡Delante de todos los invitados!

LUCÍA.—La cogió por el cuello, como si fuera a ahogarla, y la besó en los labios con un chasquido tan retumbante que hizo eco en toda la iglesia...

SILVIA.—¡Es un salvaje...!

DIANA.—¡No tiene pudor!

LUCÍA.—¡Ay, que ya vienen!

SILVIA.—¡Ya salen todos!

DIANA.—¡Ya están ahí!

*(Y, en efecto, de la iglesia comienzan a salir todos los que entraron. Pero, ahora, sin orden de comitiva, con una extraordinaria precipitación)*

BAUTISTA.—¡Orden! ¡Orden!

BLANCA.—¡Ay, padre mío! Nunca se vio una boda igual...

*(En la puerta de la iglesia aparece Petruccio, tan ufano, tirando de una mano de Catalina, que se resiste)*

PETRUCHIO.—¡Mil gracias, damas y caballeros! Os estoy muy agradecido porque habéis dado esplendor con vuestra presencia a mi boda con la más tierna y encantadora de las mujeres. ¡Gracias otra vez! Y ahora, señores, puesto que el gran banquete de bodas está dispuesto en casa de Bautista, acudid a la mesa. Comed todo lo que os apetezca y bebed lo que gustéis, que Catalina y yo nos vamos.

*(Un revuelo. Hablan todos a un tiempo)*

TODOS.—¿Qué?

BAUTISTA.—¿Qué habéis dicho?

HORTENSIO.—¡Petruccio!

BLANCA.—¿Que os vais sin asistir al banquete?

PETRUCHIO.—Eso dije... Ya está decidido.

BAUTISTA.—¡No es posible!

GREMIO.—¡Quedaos, Petruccio!

BLANCA.—¡Yo os lo suplico!

PETRUCHIO.—Me importan un rábano vuestras súplicas. He dicho que nos vamos y nos vamos. Y pronto, vive Dios, que el lugar adonde hemos de llegar está lejos de aquí, y hay muchas leguas que recorrer y tengo dos caballos preparados a la vuelta de esa esquina...

HORTENSIO.—¡Petruchio! ¡Por el cielo! Quedaos hasta después del banquete.

PETRUCHIO.—¡Quia!

GREMIO.—¡Quedaos! Os lo ruego.

PETRUCHIO.—No puede ser...

CATALINA.—¡Quedémonos al banquete, Petruchio! Yo te lo pido.

PETRUCHIO.—¡Hola! (*Transición*) Me gusta, me gusta...

CATALINA.—¿Te gusta que nos quedemos?

PETRUCHIO.—¡Ca! Me gusta que me lo pidas. Pero, aunque me lo pidieras de rodillas, esposa mía, no nos quedaríamos. ¡En marcha! Y no se hable más...

*(Catalina, en un arranque sobrehumano, se suelta de Petruchio y se planta en el centro, con un ímpetu irresistible)*

CATALINA.—Pues bien... ¡¡No!!

PETRUCHIO.—¿Cómo?

CATALINA.—Ve tú si gustas. ¡Yo me quedo!

PETRUCHIO.—¡Catalina!

CATALINA.—Me quedo. ¿Lo oyes? Me quedaré hoy y mañana y pasado. Y siempre, si me apetece. Puedes marcharte tú. Galopa, revienta tus caballos... A mí no me importa nada. Yo me quedo, yo me quedo...

PETRUCHIO.—Catalina, Catalina...

*(Catalina, en jarras, desafiante, tiene los ojos llenos de brillo, fulgurantes)*

CATALINA.—Conque creías que ya me habías domado, ¿eh? Un domador más poderoso que tú necesita Catalina. Mira cómo hago mi voluntad y mi gusto. Vamos, señoras y caballeros. La mesa nos espera. ¡A comer, a beber y a cantar! Celebraremos el banquete sin el marido y en su lugar pondremos algún apuesto mozo de los que no faltan. Y vosotras, amigas, mujeres de Padua, aprended, aprended cómo resiste Catalina las bravuconadas de los fanfarrones...<sup>23</sup>

<sup>23</sup> Ruíz Iriarte pone aquí en boca de Catalina alusiones al proceso de «doma» que va a sufrir por parte de Petruchio y ante el que se rebela en este momento. En la obra de Shakespeare, en efecto, Catalina se niega

PETRUCHIO.—Conque sí...

*(Y, con toda presteza, se lanza sobre Catalina, la alza en alto y se la echa sobre un hombro. Ella pega un grito espantoso. Todos se alarman)*

CATALINA.—¡Ayyy...! ¡Socorro!

TODOS.—¡Petruchio!

BAUTISTA.—¡Hija!

CATALINA.—¡Ayyy...! ¡Socorro! ¡Socorro!

*(Petruchio marcha con su carga hacia el fondo. Catalina empieza a pegarle puñetazos en la espalda. Algunos, entre ellos Hortensio y Gremio, tratan de interceptar el paso a Petruchio. Este, en un rugido)*

PETRUCHIO.—¡Atrás, insensatos! Si os acercáis me obligaréis a sacar la espada...

CATALINA.—Bruto, salvaje, grosero...

PETRUCHIO.—Id a comer y a beber, y hasta a ahorcaros si gustáis. Ella es mi mujer y me ha de seguir donde yo vaya...

CATALINA.—¡Ayyy...! ¡Ay, madre mía!

BAUTISTA.—¡Hija!

BLANCA.—¡Hermana! ¡Hermana!

PETRUCHIO.—No abráis los ojos como espantados, que no hay razón. Soy su dueño. Me pertenece. Como mi casa, mis campos, mi granja, mis caballos, muy bueyes y mi asno...

CATALINA.—¡Ayyy! ¡Suéltame! ¡Me haces daño!

PETRUCHIO.—¡Hala! ¡Fuera todos! ¡¡Abrid paso!! ¡Fuera he dicho...! ¡¡Hala...!!

*(Todos, asustados, abren paso)*

TELÓN

---

igualmente a marcharse de su propio banquete de bodas y se muestra rebelde y colérica ante su esposo, pero no hay ninguna alusión explícita a su negativa a ser «domada» por él.

## ACTO SEGUNDO

## CUADRO PRIMERO

**M**úsica. Las cortinas se descorren lentamente. La escena está dividida en dos partes. A la izquierda –siempre nos referimos a los términos del espectador–, una gran alcoba que ocupa la mayor parte del escenario. Una alcoba rica y suntuosa, con su gran cama. Hay una puerta al fondo y otra a la izquierda, ambas guarnecidas de cortinajes. A la derecha, en el espacio menor, rincón de un salón que se pierde en el lateral. Puerta que comunica con la alcoba. Una entrada al fondo. En el centro hay servida una mesa lujosamente dispuesta, repleta de fuentes de viandas y jarros de bebidas, con cubiertos para dos personas. Es de noche. Por un ventanal del salón se filtra un rayo de luna.

*(Al descorrerse las cortinas, aparecen en el salón Leonardo, Stéfano y Salarino. Son tres músicos jóvenes, muy jóvenes, casi adolescentes. Leonardo está en pie. Stéfano y Salarino, sentados en pequeños taburetes. Tocan los tres, con laúdes, una melodía lírica y dulcísima. Cuando terminan, se miran entre sí con un mudo y tácito gesto de consulta)*<sup>24</sup>

STÉFANO.—¿Seguimos?

SALARINO.—Por mí...

LEONARDO.—Un momento. *(De puntillas, va a la puerta que separa el salón de la alcoba y mira hacia el interior. Desde allí se vuelve y sonrío a sus compañeros)*  
Los novios no han llegado todavía...

STÉFANO.—Entonces, esperemos...

SALARINO.—Esperemos.

*(Leonardo vuelve junto a sus camaradas. Se sienta también. Un silencio. Los tres se miran. Sonríen. Los tres son tímidos)*

LEONARDO.—¿Sabéis qué os digo? Me encanta lo peregrino de nuestra tarea. Porque la verdad es que nunca se ha visto cosa igual. Nos han traído a esta casa para que nuestras músicas le den amenidad y poesía a una noche de bodas...

---

<sup>24</sup> Los personajes de los tres músicos, Leonardo, Stéfano y Salarino, son una aportación de Ruiz Iriarte. En la comedia de Shakespeare, eran los criados Curtis, Nataniel, Felipe, José y Nicolás quienes esperaban a Catalina y Petruchio en la casa de este.

STÉFANO.—¡Qué bella misión!

SALARINO.—(*Tortuoso*) Pues, ¿qué queréis? Yo estoy un poco violento...

LEONARDO.—(*Entusiasmado*) Para el primer beso, ejecutaremos una dulce melodía.  
Para el primer abrazo, un brioso *apasionatto*...

SALARINO.—¿Y después...?

LEONARDO.—¡Descarado!

SALARINO.—¡Oh!

LEONARDO.—¡Descarado! Más que descarado...

SALARINO.—Bueno, bueno...

*(Un escándalo fuera. Grandes voces de Petruchio. Los tres músicos, alarmados, se incorporan súbitamente)*

PETRUCHIO.—(*Dentro*) ¡Ah, de mi casa! ¿Dónde están mis criados? ¿No hay nadie dispuesto para tenerme el estribo? ¡Hola! ¡Granujas!

LEONARDO.—¡Ya!

SALARINO.—¡Ya han llegado!

*(Y corren los tres al ventanal y miran lo que sucede abajo)*

PETRUCHIO.—(*Dentro*) ¡Ah! Ya estáis aquí. ¡Zopencos! Pues ahora, largo, si no queréis que os azote...

LEONARDO.—¡Dios nos asista!

SALARINO.—¡Qué genio trae el señor Petruchio!

PETRUCHIO.—(*Dentro*) ¡Fuera he dicho! ¡No quiero ver vuestros rostros repugnantes hasta mañana! ¡Quiero pasar a solas con mi mujer mi noche de bodas! Fuera de aquí, canalla. ¡¡Andando!!

*(Los tres músicos vuelven corriendo a primer término)*

LEONARDO.—¡Ay!

STÉFANO.—¡Ya!

SALARINO.—¡Ya suben!

LEONARDO.—¡Toquemos!

*(Y ya en primer término, muy asustados, comienzan a tocar con un brío inusitado. Mientras, fuera, las voces de Petruchio se han ido acercando poco a poco... Una pausa. En la alcoba, surge Catalina, que aún viste de novia. Pero sin velo, ni tocado)*



*en la cabeza. Se queda frente a la cama... La mira. Se asusta muchísimo. Pega un grito y se vuelve a marchar)*

CATALINA.—¡Ayyy...! *(Sale. Pero, inmediatamente, aparece otra vez, como empujada por alguien)* ¡Ay! ¡Bruto! ¡Más que bruto...!

*(Entra en la alcoba Petruchio. Muy sosegado, viene quitándose los guantes y despojándose del sombrero)*

PETRUCHIO.—Bah, bah. Cálmate, mujer. Es que se me fue la mano...

CATALINA.—¡Bruto! ¡Desconsiderado! ¿Este es tu trato en nuestra noche de bodas...?

PETRUCHIO.—¡Muchacha! No alborotes. Ya sabes que mi carácter es algo brusco y poco amigo de zalemas.

CATALINA.—Eres tosco, grosero, maleducado. Eso es lo que eres tú. Cualquiera de esos criados tuyos que tratas a puntapiés, te daría lecciones de galanura y te diría cómo se debe mimar a una dama en una noche como esta... *(Y se echa a llorar desgarradoramente. De pronto, en un arranque de furia, se acerca a la puerta que separa la alcoba del salón y, dirigiéndose a los músicos, que tocan con el mayor entusiasmo, grita)* ¡¡A callar!!

*(Los tres músicos se ponen vivamente en pie y dejan de tocar, muy asustados)*

LOS TRES.—Sí, señora.

LEONARDO.—Como gustéis...

*(Se miran consternados. Luego, muy cariacontecidos, se vuelven a sentar y se quedan inmóviles. Entretanto, Catalina vuelve a la alcoba)*

CATALINA.—¡Bandido! Más que bandido...

PETRUCHIO.—¡Mi buena Catalina! ¿Por qué estás tan enojada?

CATALINA.—¿Que por qué? Pero ¿es que ya has olvidado todas las injurias a que me has sometido hoy, precisamente hoy, el día de nuestra boda? Primero llegaste tarde a la ceremonia porque habías olvidado que te tenías que casar conmigo. ¡Conmigo! *(Con una furia increíble)* ¡¡Con Catalina!! Después, promoviste un escándalo en el mismísimo templo, sin miedo, sin respeto al lugar. Luego, me arrancaste de allí por la fuerza, sin permitirme asistir

al banquete de bodas. Cuando pienso en aquella mesa repleta de manjares y de bebidas, yo, ¡Catalina!, que no he probado un bocado en todo el día, que estoy muerta de hambre... *(Llora amargamente)* Porque tengo hambre. Mucho hambre.

PETRUCHIO.—Ea, ea, ea...

CATALINA.—Y, por si todo eso fuera poco, me has traído a esta casa, a caballo, galopando como locos, horas y horas, durante todo el día, bajo una lluvia espantosa, con un frío del infierno... *(Desgarradoramente)* ¡Y nos hemos caído del caballo!

PETRUCHIO.—¡Oh!

CATALINA.—Y yo he llevado la peor parte, porque he quedado debajo del caballo... Y me he revocado en el lodazal. Y tú, en vez de socorrerme pronto, como un caballero, te has puesto a decirme que yo tenía la culpa y a defender al caballo...<sup>25</sup>

PETRUCHIO.—*(Muy satisfecho)* Es una noble bestia.

*(Catalina cae de rodillas en el suelo y esconde la cara entre los brazos sobre la cama. Gime amargamente)*

CATALINA.—¡Oh! Bien satisfecho puedes estar de tus hazañas. Estoy temblando de frío; empapada de agua. Tengo hambre. Canalla, canalla...

*(Un silencio. Sentado en un gran sillón, al otro extremo de la alcoba, Petruchio contempla a Catalina muy complacido. De pronto, mientras Catalina, arrodillada, continúa sollozando, Petruchio se levanta, cruza la estancia, se asoma al salón y ordena)*

PETRUCHIO.—¡Tocad!

*(Los tres músicos, como si despertaran de un sueño, se incorporan prestamente)*

LOS TRES.—Sí, señor.

---

<sup>25</sup> En la comedia de Shakespeare, estos hechos no son narrados por la propia Catalina, sino por el criado Grumio, personaje que en esta versión ha desaparecido, y que en la obra original se adelantaba a la llegada de Petruchio y Catalina y narraba el azaroso viaje al resto de los criados de la casa.

*(Y tocan. Petruccio vuelve a la alcoba. Catalina sigue sollozando. Él la mira... Sonríe. Y con una voz de extraña ternura)*

PETRUCHIO.—Ven aquí, Catalina.

*(Catalina, sorprendida por el tono de voz de Petruccio, vuelve la cabeza, con el rostro bañado en lágrimas, iluminado por una esperanza)*

CATALINA.—¿Vamos a comer?

PETRUCHIO.—¡¡No!! *(Indignadísimo. Y como un energúmeno se pone a pasear de un lado a otro)* ¡Por todos los demonios! ¿Quién habla de comer ahora?

CATALINA.—*(Furiosa. Dando puñetazos sobre la cama)* ¡¡Yo!! ¡Yo! ¡Que ya es de noche y aún no he desayunado! ¡Que no resisto más! ¡Quiero comer! ¡Quiero comer!<sup>26</sup>

PETRUCHIO.—¡¡Cállate!!

CATALINA.—¡Oh!

PETRUCHIO.—¡Diablo de mujer! ¡Qué afición tan grosera a la mesa!

CATALINA.—*(Mordiéndolo algo)* ¡Huy!

*(Otro pequeño silencio. De pronto, Petruccio, que paseaba muy indignado, se detiene ante ella. Más bajo)*

PETRUCHIO.—No te llamaba para eso...

CATALINA.—Pues, ¿qué querías de mí?

PETRUCHIO.—*(Mundano)* ¡Je! Mujer... ¿No comprendes? Nos hemos casado esta mañana.

CATALINA.—¿Y qué?

PETRUCHIO.—Pues... Ya somos marido y mujer.

CATALINA.—¿Y qué?

PETRUCHIO.—No, nada... *(Un pequeñísimo silencio)* ¡Catalina! ¿Sabes qué aposento es este? ¿Eh? ¿Lo sabes?

CATALINA.—¿Este...? *(Se levanta. Y mira en torno, agresiva)* ¡Mi calabozo!

---

26 Ruiz Iriarte acentúa las manifestaciones de hambre de Catalina; si bien en la comedia de Shakespeare Catalina está igualmente hambrienta, aquella se mostraba bastante más discreta en este punto, mientras que la Catalina de Ruiz Iriarte se expresa con mucha más desesperación, de forma que la comicidad de la situación resulta más evidente.

PETRUCHIO.—¡Oh, no! (*Sonríe*) Ni muchísimo menos. Este aposento es tu alcoba... Y la mía. Porque el buen marido y la buena esposa usan la misma alcoba y el mismo lecho. Aquí, entre estas paredes, comenzará nuestra vida cada mañana...

CATALINA.—(*Ilusionadísima*) Entonces, ¿vamos a comer algo?

PETRUCHIO.—¡¡No!! (*Furioso, exasperado*) ¡No se come! ¡He dicho que no se come! ¡Peste de mujer ordinaria que prefiere un bocado a las ternezas del marido!

CATALINA.—Tengo hambre, tengo hambre...

PETRUCHIO.—¡Catalina! Ven aquí.

CATALINA.—¿Qué quieres de mí?

PETRUCHIO.—Mujer... ¿No lo adivinas? (*Naturalísimo*) Dame un beso.

CATALINA.—¿Cómo? ¿Un beso? ¿Que yo te dé un beso? ¡Jamás! (*Echa a correr y, huyendo, se planta en el salón. Allí grita furiosa dirigiéndose a los músicos*) ¡Silencio!!

(*Los tres músicos dejan de tocar en el acto, como antes*)

LEONARDO.—Sí, señora...

SALARINO.—Como mandéis...

(*Catalina, que en este momento, al volverse, descubre la mesa puesta, queda como deslumbrada*)

CATALINA.—¡Dios mío! Pero si está aquí la cena... ¡Y qué cena!

(*Y corre como fascinada. Toma asiento y se dispone a comer vorazmente. Pero en este momento aparece Petruccio en la puerta de la alcoba*)

PETRUCHIO.—¡¡Quieta!!

CATALINA.—(*Con desesperación*) ¡Oh!

PETRUCHIO.—¡Quieta, desdichada! Contén tu gula y tus bastardos apetitos, que solo piensas en comer. ¿No te da vergüenza?

CATALINA.—Tengo hambre...

PETRUCHIO.—¡Cállate!! ¿Cómo te atreves a tomar alimentos sin que antes hayan sido probados por mí y sin que sepamos si están o no envenenados?

CATALINA.—Tengo hambre, tengo hambre...

(*Petruccio se vuelve irridadísimo a los músicos*)

PETRUCHIO.—Y vosotros, bergantes...

LOS TRES.—(*Muy asustados*) ¡Señor!

PETRUCHIO.—¿Cómo permitís que vuestra ama, la señora, corra un riesgo semejante? ¿Es esta vuestra lealtad? ¿Es esta vuestra reverencia? Bastardos, hijos de...

LEONARDO.—Pero, señor...

STÉFANO.—Por favor, señor. Contened vuestra furia.

SALARINO.—¡Dominaos!

PETRUCHIO.—¡Silencio, zopencos! ¿Para eso os he contratado? ¡A tocar! ¡Quiero música! ¡Música!

PETRUCHIO.—¿Qué música os place, señor?

PETRUCHIO.—La más fina y delicada que salga de esos condenados instrumentos, como se merece mi mujer... ¡¡Vivo!!

LEONARDO.—(*Azaradísimo*) ¡Sí, señor!

LOS TRES.—Sí, señor.

*(Y tocan algo sutilísimo que casi no se oye. Petruccio va hacia la mesa y se sienta)*

CATALINA.—No los trates tan severamente. Ellos no tienen la culpa...

PETRUCHIO.—Calla, calla, no los disculpes... Ven aquí, dulce esposa mía, siéntate a mi lado. Es nuestra primera comida en común, ¿no te resulta emocionante?

CATALINA.—¡Ay, sí, Petruccio! Tengo un hambre...

PETRUCHIO.—¡Y dale! Siéntate, te digo. Ponte a gusto. Y ya puedes empezar a relamerte, porque a la vista está que mis criados nos han preparado un verdadero festín. ¿Qué es esto? ¿Carnero?

CATALINA.—¡Sí! Es carnero, carnero...

PETRUCHIO.—Lo parece, en efecto... ¿Y esta fuente?

CATALINA.—¡Pollo!!

PETRUCHIO.—¡Diantre! Me gusta.

CATALINA.—Pollo relleno con huevos y trufas y zanahorias...

PETRUCHIO.—¿Y esto otro? ¿Magras, quizá?

CATALINA.—¡Magras! (*Ilusionadísima*) ¡Son magras!

PETRUCHIO.—¡Mira!

CATALINA.—¡Pastel de liebre...!

PETRUCHIO.—¿Y esto...?

CATALINA.—¡Compota!! Y frutas frescas...

*(Y, extiende ambas manos sobre las fuentes)*

PETRUCHIO.—(*Como un energúmeno*) ¡Alto!!

CATALINA.—Pero ¿todavía?

PETRUCHIO.—¿No te dije que antes probaría yo estas viandas de una en una para ver si están sanas y en sazón?

CATALINA.—Es que no puedo más. Siento mareos...

PETRUCHIO.—¡Mareos! ¡Bah! ¡Mujer pusilánime, como todas! (*Muy tranquilo, muy sosegado, extiende su vista sobre el amplio panorama de fuentes y jarros*) Veamos. ¿Por dónde empiezo?

CATALINA.—(*Con el alma*) ¡Por el carnero!

PETRUCHIO.—Bien. ¡Sea por el carnero! (*Toma un magnífico trozo de asado; lo alza, lo contempla deleitosamente. Catalina está a punto de llorar*) ¡Bravo trozo! Solo de verlo se le enciende el apetito a cualquiera. Cuando pienso que ya es noche cerrada y aún no hemos desayunado... Vaya. ¡Adelante! (*Y muerde con fruición. Parece que le gusta. Pero de pronto, con un gesto de asco infinito, suelta la carne y casi la escupe*) ¡Cristo! ¿Qué es esto? ¡Voto al infierno!

CATALINA.—(*Aterrada*) ¿Qué ocurre?

PETRUCHIO.—Está quemado.

CATALINA.—¡No!

PETRUCHIO.—¡Sí!!

CATALINA.—(*Con desesperación*) ¡Te digo que no!

PETRUCHIO.—¡Digo yo que sí!

CATALINA.—¡Oh!

PETRUCHIO.—Está quemado. ¡Sabe a podrido! Y las magras huelen mal. Y la compota está agria. Y el pollo está putrefacto...

CATALINA.—¡No! (*Dolorosamente*) El pollo, no...

PETRUCHIO.—¡También! El pollo, también.

CATALINA.—¡Oh, Dios mío!

PETRUCHIO.—Todo, todo está nauseabundo. Todo repugna. No se puede probar.

CATALINA.—¡No es verdad! Huele muy bien.

PETRUCHIO.—¿Dónde está el pillastre de mi cocinero? ¿Dónde están esos criados míos, sinvergüenzas y malnacidos? ¿Cómo se atreven a servirme manjares en malas condiciones precisamente en mi noche de bodas? ¿Dónde están? Sabuesos, villanos...

CATALINA.—(*Suplicante, llorosa*) Por favor, Petruccio. No seas tan colérico. Yo estoy segura de que todos estos platos están buenos. ¿Me dejas que sea yo quien los pruebe? ¿Quieres?

PETRUCHIO.—¡Jamás! ¡Aparta de ahí!

CATALINA.—¡Oh! Es inútil. No comeré, no comeré nunca...

PETRUCHIO.—¿Cómo voy a exponerte a ese peligro, esposa mía? Mil veces muerto antes que sobre mi conciencia el peso de tal remordimiento. Esta carne, reseca y maloliente, produce cólera y malos humores. Sobre todo a nosotros, que somos tan propicios a la irritación y al enfado. (*Muy resuelto*) ¡Ea! Se acabó. Esta noche no comemos.

PETRUCHIO.—¡Oh! (*Llorando desgarradoramente*) ¿No lo dije?

PETRUCHIO.—Después de todo, ¿qué falta nos hace comer? Quédese ese desahogo para gente menos espiritual que nosotros, que a ti y a mí nos basta con nuestro amor. (*En pie*) ¡Andando!

CATALINA.—¿Adónde me llevas?

PETRUCHIO.—¡A la cámara nupcial!

CATALINA.—¡No! Yo quiero comer, quiero comer...

PETRUCHIO.—Comer, comer... Asco me da oírte. Entra.

*(Y de un soberano empujón la hace entrar en la alcoba. Ella cae de rodillas junto al sillón. Solloza, gime. Dice para sí misma)*

CATALINA.—¡Oh! No puedo. No resisto más. ¿Es que se ha casado conmigo para matarme de hambre? Todos, hasta los más humildes, tienen derecho a comer. Cuando los mendigos llaman a la puerta de una casa, tienden la mano y, sin decir palabra, reciben una limosna. Yo, que nunca pedí nada, porque todo me sobró, tengo que suplicar y aun así no recibo ni un pedazo de pan. Tengo hambre, tengo frío. Me tienen en vilo sus juramentos. No puedo más. ¡Soy muy desgraciada!

*(Llora desconsoladamente. Esconde la cabeza entre las manos. Petruccio que, rodeado de los tres músicos, ha escuchado los lamentos de Catalina, junto a la puerta de la alcoba, asiente muy satisfecho)*

PETRUCHIO.—¡Soberbio!

*(Leonardo, Stéfano y Salarino, que observan a Catalina muy impresionados, se vuelven hacia Petruccio, le miran de arriba abajo y, con mucha dignidad, se apartan)*

LEONARDO.—¡Oh! ¡Señor Petruccio! Sois cruel.

STÉFANO.—Tratar así a una pobre mujer...

SALARINO.—¿Creéis, señor, que vuestra conducta es propia de un caballero?

PETRUCHIO.—(*Huraño*) ¿Qué estáis rezongando ahí, botarates? Si todo es una estratagema... (*Los tres músicos se vuelven hacia él, muy sorprendidos*) Si estoy rabiando por comérmela a besos y cubrirla de caricias y decirle muchas palabras tiernas que me cosquillean en la punta de la lengua... (*Heroicamente*) Pero me contengo. ¡Hum!

LEONARDO.—Entonces...

PETRUCHIO.—¡Calla! Me he casado con una mujer brava y la tengo que domar. Eso es todo. Y si esta noche me viera rendido a sus pies, el domado sería yo para toda la eternidad. ¡Ca! Eso, nunca. Esta misma noche, la noche de bodas, ha de comenzar mi reinado y su vasallaje...

*(Los tres muchachos se quedan mirando a Petruccio con embeleso)*

LEONARDO.—Entonces, ¿todo es una treta?

PETRUCHIO.—¡Claro!

STÉFANO.—¡Señor Petruccio! Sois un hombre extraordinario...

SALARINO.—¡Qué domador de mujeres!

PETRUCHIO.—¡Callaos! ¿Qué hace ahora?

*(Los tres músicos, en fila y de puntillas, se acercan a la puerta entreabierta de la alcoba y fisgan el interior)*

STÉFANO.—Parece que llora...

PETRUCHIO.—¡Que lllore! No me ablando.

LEONARDO.—(*Inspirado*) Aguardad. Tengo una idea. (*Y, muy astuto, se vuelve y guiña un ojo. Ni corto ni perezoso, entra en la alcoba. Petruccio, Stéfano y Salarino le observan desde el salón. Leonardo, ya en la alcoba, de puntillas, llega hasta Catalina y le da un suave golpecito en un hombro*) ¡Chiss! Mi señora.

*(Ella se vuelve con violencia)*

CATALINA.—¿Qué? ¿Qué quieres tú?

LEONARDO.—¡Chiss! En secreto, entre vos y yo. (*Muy bajito, muy tentador*) ¿Queréis que os traiga, sin que nadie lo sepa, un platito con una pata de ternera?

CATALINA.—(*Ilusionadísima*) ¡Dios mío! ¿Serías capaz?

LEONARDO.—¡No! (*Muy pensativo*) No me atrevo. Es un guiso algo ordinario y demasiado irritante.

CATALINA.—¡Oh!



LEONARDO.—Pero, en cambio, ¿qué diríais de una rica morcilla asada rodeada de patatas bien doradas?

CATALINA.—¡Ay, sí! Con muchas patatas...

LEONARDO.—¡Ca!

CATALINA.—¿Tampoco?

LEONARDO.—Tampoco. La morcilla no es propia para estómagos delicados. Pero ¿qué os parecería un trozo de vaca sangrante con mostaza?

CATALINA.—¡Ay, Dios mío! Un trozo de vaca... Corre. Tráelo. No diré nada a nadie. Te lo juro...

LEONARDO.—¡Quia!

CATALINA.—(*Desesperada*) ¡Oh!

LEONARDO.—Nada, nada. Que no. La mostaza es peligrosa. Muy ardiente.

CATALINA.—(*Aún con esperanzas*) Entonces, tráeme la carne sin mostaza...

LEONARDO.—Al contrario. Prefiero traerlos la mostaza sin la carne...<sup>27</sup>

CATALINA.—¡Ayyy...!

LEONARDO.—(*Asustadísimo*) ¡Señora!

(*Catalina se lanza sobre Leonardo como un tigre*)

CATALINA.—¡Embustero! ¡Traidor! ¡Aprendiz de canalla!

LEONARDO.—(*Huyendo*) ¡Socorro!

(*Catalina le alcanza y le golpea*)

CATALINA.—¡Sinvergüenza! ¡Embaucador! ¡Cínico malvado! ¡Toma! ¡Toma! Para ti y para tu maestro... Toma, toma, toma.

LEONARDO.—¡Ay! ¡Socorro! ¡Piedad! ¡Salvadme! (*Se escapa y entra en el salón como una flecha*) ¡Ay! ¡Ay, Stéfano! ¡Ay, Salarino!

STÉFANO.—¡Leonardo!

PETRUCHIO.—Pero, muchacho...

LEONARDO.—¡Ay, señor Petrucchio! Yo lo hice por ayudaros a domarla...

PETRUCHIO.—¡Hombre! Si me hubieras advertido...

SALARINO.—Es una fiera. ¿Te hizo daño?

LEONARDO.—Aquí, en el ojo...

<sup>27</sup> En la comedia de Shakespeare, es Grumio, criado de Petrucchio, quien ofrece a Catalina estos platos para finalmente no darle ninguno.

PETRUCHIO.—Vaya, vaya... *(Se sienta al lado de Leonardo y forman grupo los cuatro)*  
Mira, muchacho. La fierecilla está excitada por el ayuno. Pero aún lo estará más...

LEONARDO.—*(Dolorosamente)* ¿Más?

PETRUCHIO.—¡Más! Porque no comerá hasta que se rinda. Hasta que, de rodillas, ante su esposo, pida clemencia, prometa que será obediente y jure que renuncia para siempre a ese genio endemoniado. Dispongo, además, de otros medios... Escuchad. *(Los muchachos se acercan más a Petruchio)* No ha dormido la noche pasada, porque ninguna muchacha honesta duerme en su última noche de soltera. Pero tampoco dormiré hoy... Porque, de eso, me encargo yo. Igual que hice con los manjares que veis sobre esta mesa, haré con las ropas del lecho. Encontraré pretextos para protestar de todo. Tiraré de una almohada por aquí. Y de otra por allí. Y diré que las sábanas son ordinarias, impropias de cubrir su cuerpo delicado. Y arrojaré la colcha por el aire. Y todo eso, ¿comprendéis?, en medio de un gran escándalo, entre voces como alaridos y juramentos como truenos. Y cuando pasen las horas y el sueño me rinda, porque la noche es larga, y una noche en la guerra se hace más larga todavía, entonces, cuando yo me encuentre indefenso, para eso estáis aquí vosotros, para que vuestra música celestial no nos deje pegar un ojo en todo la noche...

*(Los tres muchachos se entusiasman)*

LOS TRES.—¡Bravo! ¡Bravo, señor Petruchio!

PETRUCHIO.—*(Muy ufano)* ¿Os gusta?

STÉFANO.—¡Sois un genio, señor!

SALARINO.—¡Así se doman las mujeres!

*(Durante el párrafo anterior de Petruchio, Catalina, que gemía con desesperación, ha sufrido una profunda transición. Se incorporó como atacada por una idea repentina y salvadora... Se quedó en éxtasis. Empezó a sonreír. Después, se mira a sí misma. Se ordena un poco el peinado y el vestido. Y en este momento, con los nudillos golpea suavemente en la puerta del salón y dice con una voz tierna y sumisa, nueva en ella)*

CATALINA.—¡Petruchio!

*(Petruchio y los músicos se miran asombradísimos. Se quedan inmóviles... Un fugacísimo silencio)*

PETRUCHIO.—¡Cielos! ¿Quién está ahí? Juraría que no es mi mujer.

CATALINA.—¡Petruchio! Soy yo, tu esposa. Tu Catalina.

PETRUCHIO.—(*Asombradísimo*) ¿Mi qué...?

CATALINA.—¡Petruchio! ¿Es que no vienes a darme un beso?

PETRUCHIO.—¿Cómo? ¿Que vaya...?

*(Los tres músicos, emocionadísimos, se agitan muy nerviosos)*

LOS TRES.—(*Muy bajito*) ¡Ay! ¡Señor Petruchio!

PETRUCHIO.—(*Nerviosísimo*) ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!

STÉFANO.—¡Ya!

SALARINO.—¡Ya está!

PETRUCHIO.—¡Chiss! (*Está en pie. Mira hacia la alcoba. Luego, mira en torno*) Bien. Creo que ha llegado el momento... (*Y marcha hacia la alcoba. Pero al llegar a la puerta se detiene. Luego, casi con rubor, se vuelve y mira a los músicos, que le observan anhelantes. Rápidamente marcha a la mesa, toma un jarro y se sirve una gran copa de vino que sorbe de un trago*) ¡Je! No se puede negar que esas cosas le ponen a uno un poco nervioso... (*Marcha otra vez hacia la puerta de la alcoba. Aún vacila un poco con la mano en el picaporte. Pero, de pronto, recuperando todo su dominio, se vuelve a los músicos y ordena con su más autoritario talante*) ¡Tocad!

LOS TRES.—¡Sí, señor!

*(Y empiezan a tocar suavemente. Petruchio abre la puerta y entra en la alcoba, en el instante justo en que Catalina echa a correr y desaparece por la puerta del fondo. Petruchio encuentra la alcoba vacía)*

PETRUCHIO.—¡Catalina! (*Mira en torno, extrañadísimo. Busca*) ¿Dónde estás? ¡Catalina! (*Busca detrás de la cama. De pronto, parece que tiene una idea, mira a la puerta del fondo y sonrío comprensivo. Va hacia allí... Dulcemente*) ¡Ah, vamos! ¿Estás ahí, Catalina? ¡Ah, pícara! ¿Estás llena de rubores y miedos? No temas, Catalina. Ven aquí, dulce niña, que te espera un esposo amante, dispuesto a todas las ternuras. ¡Je! Catalina, Catalina... Bien, bien, ya comprendo. Tu pudor te tiene sofocada. No importa. Yo me vuelvo de espaldas. Y tú entras, ¿quieres?

*(En este momento surge Catalina en la puerta del fondo del salón. Los tres músicos se llevan un susto tremendo)*

LOS TRES.—*(Muy bajo, muy sofocados)* ¡Señora!

CATALINA.—¡¡Callad!!

*(Los tres músicos dejan de tocar y retroceden atónitos hacia la derecha. Catalina se sienta a la mesa y empieza a comer de todo con verdadera voracidad, casi con desesperación. Entretanto, Petruchio, todo sonrisas, baja a primer término y se sienta en el sillón)*

PETRUCHIO.—¡Ah, Catalina! Veo que al fin has decidido acatar la más antigua ley que rige entre los hombres. Aquella que ordena a la esposa sumisión a los gustos del marido. Haces bien, dulce y buena Catalina, esposa mía... *(Hay una pequeña pausa. Petruchio, algo impaciente, tamborilea con sus dedos en un brazo del sillón)* Vaya, vaya, con Catalina...

*(Ella sigue comiendo. Otra pausa. De pronto, Petruchio tiene como una tremenda sospecha. Se incorpora de súbito con los ojos abiertos de par en par. Se pone en pie. Se lanza a la puerta del salón. La abre de un empujón... Entra)*

CATALINA.—*(En un grito. «In fraganti»)* ¡Ayyy...!

PETRUCHIO.—*(Terrible)* ¡¡Catalina!!

CATALINA.—¡Petruchio!

PETRUCHIO.—¡¡A dormir!!

CATALINA.—¡Oh!<sup>28</sup>

*(Y, con muchísimo miedo, llorando, bien a su pesar, Catalina se levanta, cruza el salón y, con la cabeza baja, entra en la alcoba. Una vez allí, se abalanza sobre la cama, donde queda echada, boca abajo, pataleando y dando puñetazos a las almohadas. Petruchio, mientras, en el salón, se revuelve como un energúmeno contra los músicos, que han contemplado la escena aterrados)*

PETRUCHIO.—Y vosotros...

*(Los tres retroceden muy asustados)*

---

28 Esta escena en la que Catalina come a escondidas y es sorprendida por Petruchio es totalmente inventada por Ruiz Iriarte, en busca de mayor comicidad.

LOS TRES.—¡Señor!

PETRUCHIO.—¡Pánfilos! ¡Pazguatos! ¡Pocacosa!! ¡Fuera de aquí!

LOS TRES.—¡Ay!

PETRUCHIO.—¡Fuera! Quitaos del alcance de mis puntapiés. ¡Fuera, he dicho!

LOS TRES.—¡Ayyy!

PETRUCHIO.—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

*(Desaparecen los tres músicos, como tres almas que se lleva el diablo. Petruccio queda solo en el salón)*

CATALINA.—¡Ay! ¡Ay! Bandido, bandido...

*(Petruccio, todo coraje e indignación, se sienta a la mesa)*

PETRUCHIO.—¡Conmigo!! ¡Voto a...! ¡Ha querido jugar conmigo! ¡Con Petruccio de Verona! ¡Hum!

*(Comienza a comer, con toda su alma, como un desesperado. Mientras, en la alcoba, Catalina, sobre la cama, prosigue gimiendo y pataleando)*

CATALINA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

*(Así, unos cortos instantes. De pronto, muy lentamente, todas las luces comienzan a declinar hasta que se hace un oscuro total. En la oscuridad, se extinguen también los sollozos de Catalina)*

OSCURO

#### CUADRO SEGUNDO

*(Un silencio. Canta un gallo. Se oye una campanita lejana. Y, poco a poco, comienza a amanecer. Ya es de día. Un día brillante, de sol alegre. Del salón ha desaparecido Petruccio y, en la alcoba, Catalina, en la misma actitud en que la dejamos, pero vencida por el sueño, se ha quedado dormida. Unos segundos de pausa. Y en la alcoba surge Petruccio. Lleva una bandejita con un vaso de leche. Entra. Avanza hasta el lecho. Contempla un instante a Catalina. Sonríe. Bruscamente, pega un grito para llamarla)*

PETRUCHIO.—¡¡Catalina!!

*(Catalina, llena de pavor, sobresaltadísima, se incorpora de un salto y queda sentada en la cama mirándole fijamente)*

CATALINA.—¡Ayyy...! ¡¡Tú!!

PETRUCHIO.—*(Sonríe)* El mismo. ¿Cómo se encuentra mi Catalina?

CATALINA.—¿Que cómo me encuentro? Pero si me acabo de quedar dormida. ¡Y aún dice que cómo me encuentro! Mal hombre, verdugo...

PETRUCHIO.—Bah, bah. Repórtate, paloma, y mírame con ojos de cariño. Toma, amor mío. He supuesto que tendrías algo de apetito...

CATALINA.—¡Que si tengo!

PETRUCHIO.—Pues mira lo que te traigo...

CATALINA.—*(Extrañadísima)* ¿Qué es eso?

PETRUCHIO.—Leche.

CATALINA.—*(Desolada)* ¿Nada más?

PETRUCHIO.—¿Cómo? *(Montando en cólera)* Pero ¿es que no te parece alimento suficiente un buen vaso de leche de mis vacas?

CATALINA.—¡Quiero comer! ¡Quiero comer!

PETRUCHIO.—¿Es que serías capaz de comer ahora de tenedor y cuchillo? Pero, por el infierno: ¿qué mujer es esta? *(Resueltísimo)* Pues bien: si la leche te desagrada, me la tomaré yo...

CATALINA.—¡¡No!! Eso, no. *(Con el alma)* Dámela. ¡Por piedad!

PETRUCHIO.—¿Te gusta? Bien. Eso ya es otro cantar...

CATALINA.—¡Dámela pronto!

PETRUCHIO.—Conforme. Pero no será sin que antes me des las gracias...

CATALINA.—¡Oh! Esto, además...

PETRUCHIO.—Porque el más leve servicio merece gratitud, según ordena la buena crianza. De modo que no probarás esta leche si antes no has pronunciado una palabra de agradecimiento...

CATALINA.—*(Con furia)* ¡¡No!! ¡No, no y no! ¡No quiero!

PETRUCHIO.—¡Basta! No insisto más...

*(Y se aparta, llevándose la leche. Catalina suelta un grito que le sale del alma)*

CATALINA.—¡Petruchio!

PETRUCHIO.—¿Qué?

*(Catalina se le queda mirando un instante. Es una mirada asesina. Pero, de pronto, baja la cabeza y -casi no se la oye- dice)*

CATALINA.—Gracias.

*(Petruchio asiente muy satisfecho y vuelve)*

PETRUCHIO.—¡Ah! Eso me gusta. Toma.

CATALINA.—Trae.

*(Toma el vaso de leche y lo sorbe vorazmente)*

PETRUCHIO.—*(Paternal)* ¡Calma! Con cuidado... Que la gula no es adorno de damas principales, y tú lo eres por ser mi mujer. Despacio, más despacio. Y ahora, prepárate, esposa mía, porque vamos a emprender una buena caminata...

CATALINA.—*(Aterrada)* ¿A caballo?

PETRUCHIO.—¡Sí!

CATALINA.—¡Otra vez!

PETRUCHIO.—Justo. Y en los mismos corceles que nos trajeron...

CATALINA.—¡No!

PETRUCHIO.—¡Sí! Y recorreremos el mismo camino. Pero al revés...

CATALINA.—¡Me volveré a caer del caballo!

PETRUCHIO.—Es casi seguro... Pero no importa. Hemos de volver a casa de tu padre para hacer nuestra primera visita de recién casados. ¡Ah! Pero eso sí, antes quiero que te atavíes con elegancia. Con un vestido de seda y un sombrero de terciopelo. Con sortijas de oro, puños bordados, bandas, dijes, brazaletes, collares y todas las joyas que sueñes. Y para todo eso, ahí está esperando el sastre que yo he llamado, que adornará tu figura con el prodigio y la magia de sus trapos... *(Va a la puerta del fondo de la alcoba y llama)* ¡Hola! ¡Sastre! Pasad de una vez...

*(Aparece El sastre. Viene cargado con vestidos y sombreros. Es todo zalemas)*

SASTRE.—¡Mi señor Petruchio! ¡Mi señora Catalina! Dios os guarde y os conceda mil venturas en vuestro matrimonio...

PETRUCHIO.—¡Vaya! No os gastéis en cumplidos y decidnos qué nos traéis...

SASTRE.—¿Que qué os traigo? Los más bellos primores de mi taller. Los mejores alardes de mi fantasía... Mirad.

*(Y muestra un espléndido sombrero. Catalina se queda como fascinada)*

CATALINA.—¡Ay! ¡Qué sombrero!

SASTRE.—¿Os gusta, mi señora?

CATALINA.—Es maravilloso... Nunca he visto un sombrero igual.

PETRUCHIO.—*(Rotundo)* ¡Fuera!

CATALINA.—¿Qué?

PETRUCHIO.—Esto no es un sombrero, es un plato feo y gracias. Quita, quita.

CATALINA.—Pero, Petruccio...

PETRUCHIO.—Quita, he dicho. Fuera de mi vista esta chuchería, esta bobada, este gorro de niña. Mi mujer merece un sombrero más grande...

CATALINA.—¡No! ¡Quiero este! Está de moda. Lo llevan todas las damas elegantes...

PETRUCHIO.—Pero tú, todavía, no eres una dama elegante, Catalina. Aún te sobra genio y mal carácter... Eres demasiado brava.

*(Catalina se revuelve contra él, toda coraje)*

CATALINA.—Pues, ¿sabes lo que te digo? Que gentes más encopetadas que tú y de mayor rango que el tuyo han soportado mi carácter y a algunos hasta les hizo gracia. De modo que, si no quieres oírme cuando hablo, lo mejor será que te tapes los oídos. Porque mi boca responde al coraje de mi corazón y si yo no hablara mi pecho estallaría. Y antes que eso, prefiero hablar y decir todo lo que me salga de dentro...

*(Petruccio la ha escuchado calmamente y ahora se dirige al sastre)*

PETRUCHIO.—¡Sastre!

SASTRE.—¡Señor!

PETRUCHIO.—Ya oísteis. Mi mujer no quiere el sombrero.

CATALINA.—*(Un chillido)* ¡Sííí...! Lo quiero, lo quiero...

SASTRE.—Pero, señor... Yo juraría...

PETRUCHIO.—¡A callar! Aquí no jura nadie más que yo.

SASTRE.—¡Oh!

PETRUCHIO.—A callar, te digo. O te tomaré las medidas con tu propio metro de forma que no olvides tu charlatanería. ¡Monstruosa insolencia la de este vil manojito de hilos y retales!



SASTRE.—Sí, señoría...

CATALINA.—¡Quiero ese sombrero! ¡Quiero ese sombrero!

PETRUCHIO.—Pero ¿es que no oís a mi mujer? Enseñadle el vestido que está pidiendo a gritos...

CATALINA.—¡No! ¡El sombrero!

PETRUCHIO.—¡El vestido!

CATALINA.—¡El sombrero!

PETRUCHIO.—¡¡Sastre!!

SASTRE.—Bien... Sea el vestido.

CATALINA.—¡Oh!

SASTRE.—¡Mirad!

*(Y despliega un precioso y fantástico vestido. Catalina, que marchaba hacia el fondo, defraudada y furiosa, regresa vivamente como fascinada)*

CATALINA.—¡Oh! ¡Dios Santo! Nunca he visto un vestido mejor hecho, ni más lindo, ni más rico, mi más elegante...

PETRUCHIO.—*(Crítico)* ¡Hum!

CATALINA.—¿Es para mí, Petruccio? ¿De veras es para mí?

PETRUCHIO.—Veamos. *(De pronto, irritadísimo)* Pero ¿qué es esto? ¡Misericordia divina! ¿Qué nos habéis traído?

CATALINA.—*(Con desesperación)* ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ayyy!...

PETRUCHIO.—¿Qué es esto? ¿Las mangas? ¡Bravo adefesio! ¿Cómo? Y además, cortado de arriba abajo, como si una mano torpe lo hubiera rasgado. Y lleno de bordados ridículos y de fruslerías inútiles. Pero, sastre de todos los demonios, ¿a esto llamáis un vestido de gran señora? ¿Es así como queréis que vista mi Catalina?

*(Catalina se ha refugiado en la cama de nuevo y está dando puñetazos y mordiscos a todo lo que halla a mano)*

CATALINA.—¡Ay! ¡Ayyy! No puedo más. No puedo, no puedo.

PETRUCHIO.—¡Vivo, mercachifle! Recoged vuestros harapos y largaos de aquí...

SASTRE.—Pero, señor Petruccio... Yo lo hice todo como vos me ordenasteis.

*(Petruccio se vuelve hacia el sastre y, muy rápido y muy bajo)*

PETRUCHIO.—¡Calla, majadero! Llévatelo todo y te pagaré el doble de lo que vale.

SASTRE.—¿Qué?

PETRUCHIO.—¡Aprisa!

SASTRE.—¿El doble habéis dicho? Ya me voy, sí, señor. A vuestros pies, señoría. A las órdenes de mi señora. Soy vuestro humilde servidor.

*(Y sale haciendo reverencias y arrastrando consigo sus tesoros.  
Quedan solos Petruchio y Catalina)*

PETRUCHIO.—Vamos, vamos, Catalina...

CATALINA.—¡Infame!

PETRUCHIO.—Ea, ea... No hay que apurarse. Que si este sastre condenado no acertó con tu gusto, otro acertará. De momento, te prestará su vestido una de mis criadas. Y así te llevaré a casa de tu padre.

CATALINA.—¡Huy! ¡Yo vestida de criada!

PETRUCHIO.—Porque, después de todo, ¿qué importan los hábitos? El espíritu es el que da señorío al cuerpo. Lo mismo que el sol atraviesa las nubes más espesas, así el honor resplandece entre las telas más humildes. ¿Crees que es más noble el grajo que la alondra porque sus plumas sean más deslumbrantes? No, Catalina mía... No es así. No dejarás de ser tú, porque te presentes vestida con un humilde atavío de sirvienta. En todo caso, échame a mí la culpa y tómalo a broma. *(Ya en la puerta, a punto de salir)* ¡Vamos! Haré que te suban esas ropas. Y vístete aprisa, que los caballos se impacientan y pronto se hará de noche. Son las siete de la tarde.

CATALINA.—¿Qué dices? Son las siete de la mañana...

PETRUCHIO.—*(Indignado)* ¡Calla! ¡Discutidora! ¡Pendenciera! ¡Espíritu de contradicción! Son las siete de la tarde...

*(Y sale. Catalina, sola y desesperada, golpea fieramente sobre las almohadas)*

CATALINA.—¡Oh! ¡Dios mío! Es el colmo. ¡Quiere mandar hasta en el sol!<sup>29</sup>

OSCURO

<sup>29</sup> En la obra de Shakespeare, es Hortensio quien pronuncia estas palabras: «Vaya, este galán quiere mandar hasta en el sol» (trad. Luis Astrana Marín. *Obras completas de William Shakespeare*. Madrid: Aguilar, 1951. 1036).

**CUADRO TERCERO**<sup>30</sup>

En casa de Bautista.

*(Cuando se hace la luz, en escena está Bautista. A su derecha y a su izquierda se hallan Gremio y Hortensio. Los dos están excitadísimos y acosan al anciano con sus argumentos)*

HORTENSIO.—¡Os digo que sí, señor Bautista!

GREMIO.—¡Es un impostor!

HORTENSIO.—¡Un infame!

BAUTISTA.—¡Calma, caballeros! No puedo aceptar como buenas vuestras sospechas. Estoy segurísimo de que ese joven pedagogo que en este momento explica su lección a Blanca...

HORTENSIO.—¡Es Lucencio, el de Pisa!

GREMIO.—¡Se ha disfrazado!

BAUTISTA.—¡No! ¡No y mil veces no! Ese muy ingenioso pedagogo, lleno de sabiduría, que recita a Ovidio de memoria, nada tiene que ver con vuestro rival. Me ha traído los mejores informes con buenas cartas de presentación...

HORTENSIO.—¡Falso! ¡Falso! ¡Todo falso!

BAUTISTA.—¡Oh! Callaos. Ahí está...

*(Por la derecha entran Blanca y Lucencio. Este lleva abierto un pequeño libro. Viste traje negro de pedagogo y gasta largas barbas. Muy juntos los dos, y muy ensimismados, muy ajenos a todo lo que les rodea. Muy despacito, cruzan la escena hacia la izquierda)*

LUCENCIO.—«Hac ibac Simois, hic est Sigeia tellus —Hic steterat Priami regia celsa senes...».<sup>31</sup>

BLANCA.—¡Qué encantadora poesía!

LUCENCIO.—¿La comprendéis?

30 Ruiz Iriarte reúne en este cuadro elementos de la escena 4 del acto iv y de la escena 1 del acto 3, simplificando una acción que en la obra de Shakespeare es mucho más compleja y en la que intervienen más personajes que aquí se han eliminado, como el de Vincencio, padre de Lucencio, y un viejo Pedagogo que se hace pasar por aquel.

31 'Por allí discurría el río Simois;/aquí está la tierra de Sigeia,/aquí se alzaba el vasto palacio/del viejo Príamo' (Ovidio. *Heroides* I, 33-4. Trad. Luis Astrana Marín. *Obras completas de William Shakespeare*. Madrid: Aguilar, 1951. 1021).

BLANCA.—¡Oh, no! Pero la recitáis tan dulcemente...

*(Bautista, Gremio y Hortensio, al aparecer la pareja, han retrocedido hacia el fondo. Desde allí, los dos últimos observan a Lucencio con la mayor ferocidad)*

LOS DOS.—¡Hum!!

BAUTISTA.—¿Es él? Fijaos bien...

HORTENSIO.—No lo sé. Ahora dudo.

GREMIO.—Yo también. Esa facha, esa facha...

BAUTISTA.—¡Oh!

*(Ya se ha sentado Blanca en el gran sillón. Junto a ella, en pie, Lucencio, francamente inquieto, mira a hurtadillas hacia el fondo)*

BLANCA.—¿Queréis traducir, señor pedagogo?

LUCENCIO.—Con el mayor placer... «Hac ibat». *(En otra voz, más bajo)* Por favor, señorita. No gritéis cuando escuchéis lo que voy a deciros...

BLANCA.—*(Alteradísima)* ¿Cómo?

LUCENCIO.—¡Simois! Simois quiere decir... *(Bajo)* No soy pedagogo. Soy Lucencio, estudiante de Pisa, recién llegado de Padua, loco por vuestro amor.

BLANCA.—¡Jesús!

LUCENCIO.—Me he disfrazado de este modo para poder introducirme en vuestra casa y deciros al oído que no puedo vivir sin vos...

HORTENSIO.—¿Qué dice?

GREMIO.—¡Que hable más alto!

LUCENCIO.—*(Casi gritando)* «Hic steterat Priami, regia celsa senis...».

HORTENSIO.—¡Ay, Gremio! Me parece que no es él...

GREMIO.—¡Calla!

*(Se ponen en pie y marchan los dos hacia la derecha)*

BLANCA.—¡Señor pedagogo! Permitid que ahora traduzca yo para ver si aprovecho vuestra lección... «Hac ibat Simois». ¿Quién sois, caballero? No os conozco. ¿Creéis que es suficiente llegar aquí y decir «yo os amo» para que yo os quiera? Jesús, Jesús, Jesús...

HORTENSIO.—¿Qué dice la niña?

GREMIO.—*(Emocionado)* Para mí que ya traduce a Ovidio con una sola lección...

HORTENSIO.—¡Oh! Tiene un talento...

BLANCA.—«Hic steterat Priami...». Cuidado, señor, que sois vanidoso y engreído.  
«Celsa senis...». Naturalmente, esto no quiere decir que deis la partida por  
perdida.

LUCENCIO.—¡Oh! Entonces... ¿Puedo esperar?

HORTENSIO.—¿Qué ha dicho?

LUCENCIO.—(*Muy aprisa y muy fuerte*) «Hac ibat Simois, hic est Sigeia tellus...»  
«Hic ibat Simois, est Sigeia tellus...». (*Bajísimo*) Decidme: ¿puedo esperar?

BLANCA.—¡Oh! Ni digo sí, ni digo no. ¿No veis que no soy coqueta?<sup>32</sup>

(*Desaparecen los dos por la derecha*)

BAUTISTA.—(*Muy satisfecho*) ¿Qué? ¿Y ahora? ¿Estáis convencidos, señores míos,  
de que este notable pedagogo no es Lucencio? Pues, por si aún tenéis alguna  
duda, yo tengo la prueba de que Lucencio es otro...

HORTENSIO.—¿Qué prueba?

BAUTISTA.—El propio Lucencio, que llegó antes que vosotros para pedirme la  
mano de mi hija y está en ese aposento aguardando mi respuesta... Vedle.  
(*Se acerca al fondo y llama*) ¡Eh! ¡Señor Lucencio!

(*En el fondo surge Tranio, tan campante y tan dispuesto. Viste las  
elegantes ropas que llevaba Lucencio en el acto primero*)

TRANIO.—¡Señor Bautista! (*De pronto, al ver a los otros*) ¡¡Cuernos!!

(*Hortensio y Gremio saltan indignados*)

GREMIO.—¿Qué?

HORTENSIO.—¡No! ¡No es él!

GREMIO.—¡Mentira! ¡Os ha engañado!

HORTENSIO.—¡Este no es Lucencio!!

BAUTISTA.—¿Cómo que no es Lucencio? (*Con toda su alma*) ¡Este es Lucencio!  
¡Este es Lucencio!

<sup>32</sup> En la comedia original, esta escena en la que Lucencio se declara a Blanca mientras finge enseñarle a traducir unas frases en latín se produce al principio del acto III, justo después de la pugna entre Tranio y Gremio acerca de cuál de los dos aportaba la mayor dote para casarse con Blanca; escena que, recordemos, en esta versión se produce entre Hortensio y Gremio en el cuadro tercero del acto I. En la comedia original, por otra parte, esta escena no se produce en presencia de Gremio y Hortensio, sino únicamente de este último, que poco antes se ha disputado con Lucencio la ocasión de dar clase a Blanca.

*(Y en este momento surge Lucencio por la derecha, seguido de Blanca)*

LUCENCIO.—¡Alto! Eso sí que no. ¿Quién dice que es Lucencio? ¡Lucencio soy yo!

TODOS.—¡Oh!

HORTENSIO.—Era él, era él...

*(Bautista cae derrumbado en el sillón)*

BAUTISTA.—¡¡Vos!! ¡Oh! No puedo... No puedo más. Esto es demasiado.

*(Blanca corre hacia él)*

BLANCA.—¡Padre!

*(Lucencio, Hortensio y Gremio están mirando a Tranio con la boca abierta)*

LUCENCIO.—¡Tranio! Tú, mi fiel sirviente, mi fiel amigo... ¡Tú!

TRANIO.—*(Humildemente)* Disculpádmeme, señor. Me hicisteis vestir con vuestras ropas. Me hicisteis dueño de vuestra casa. ¿Qué de extraño tiene que también se me metieran en el alma vuestros sentimientos? La verdad es, señor, que desde que por primera vez vi a esta niña, estoy loco de amor por ella...

LUCENCIO.—¡Oh!

BAUTISTA.—¡Niña! Que ya son cuatro... ¿Adónde vamos a llegar?

BLANCA.—¡Ay, padre! Yo no tengo la culpa.

BAUTISTA.—Te digo que esto no puede continuar ni un día más. ¡Elige de una vez! ¡Te lo mando!

*(Blanca mira de reojo a los cuatro caballeros. Ellos, los cuatro a la vez, dan un paso hacia ella)*

BLANCA.—*(Dulcemente)* ¡Oh, padre! ¿Y qué mujer sería capaz de elegir entre cuatro caballeros tan notables? Tranio es apasionado. Lucencio es tan audaz. Gremio es apuesto. Hortensio es tan valiente. Es cosa de pensarlo, que aunque yo no soy coqueta...

BAUTISTA.—*(Indignado)* ¡Basta! ¡Se acabó! ¡Te tienes que casar! ¡¡Porras!!

BLANCA.—Está bien, padre. Me casaré. Puedes anunciar mi boda para el domingo...

LOS CUATRO.—(*Emocionadísimos*) ¿Qué?

BAUTISTA.—¿El domingo? ¿Y con quién te vas a casar?

BLANCA.—¡Ah! Eso... Todavía no lo sé. Elegiré el novio a la puerta de la iglesia.<sup>33</sup>  
 (*Ya está a punto de salir a la derecha. Una linda sonrisa*) Buenas tardes, caballeros. Hasta el domingo. Espero que no faltéis...

OSCURO

**CUADRO CUARTO**

La plaza. De día y con sol.

(*La escena sola un instante. Bajo los soportales aparece Petruchio, muy enardecido*)

PETRUCHIO.—¡Vamos! ¡Aprisa! ¡Vive el Cielo! ¡No llegaremos nunca!

(*Aparece Catalina. Viste un traje humilde de sirvienta. Está cansadísima. A punto de desfallecer, se apoya, dolorosamente, en la pilastra de un arco. Murmura, casi sin voz*)

CATALINA.—¡Petruchio! ¡No puedo dar un paso más! Estoy molida... Me caigo. ¡Oh, Petruchio!

PETRUCHIO.—¡Bah! ¡Bah! Dengues de mujer consentida y sin arrestos. ¡Adelante! Ya estamos ante la casa de tu padre...

(*La toma de una mano y tira de ella*)

CATALINA.—¡Ayyy...!

(*Ya está en el centro. Petruchio, feliz, mira en torno, risueño, como deslumbrado*)

PETRUCHIO.—¡Qué hermosa noche!

---

<sup>33</sup> Totalmente inventado por Ruiz Iriarte. En la comedia de Shakespeare, Hortensio, al ver coquetear a Blanca con Lucencio, desiste de casarse con ella y promete casarse «con una opulenta viuda, que no ha cesado de amarme durante el tiempo que he amado a esta orgullosa de desdén feroz» (trad. Luis Astrana Marín. *Obras completas de William Shakespeare*. Madrid: Aguilar, 1951. 1031).

CATALINA.—¡Oh!

PETRUCHIO.—¡Qué luna tan resplandeciente y tan clara!

CATALINA.—Pero si no es la luna...

PETRUCHIO.—(*Ceñudo*) ¿Cómo? ¿Qué es, entonces?

CATALINA.—(*Con desesperación*) Es el sol, es el sol...

PETRUCHIO.—¡Mientes! ¡Es la luna...!

CATALINA.—¡Es el sol!

PETRUCHIO.—(*Montando en cólera*) He dicho que es la luna y te juro por el hijo de mi noble madre que será la luna o serán las estrellas, según a mí se me antoje. Y si te atreves a contradecirme, marcharemos otra vez a galopar por los caminos...

CATALINA.—(*Un grito desgarrador*) ¡¡No!!

PETRUCHIO.—¡Peste de mujer! Solo sabe decir: no. Siempre contradiciendo y contradiciendo... (*Furioso*) ¡Digo que es de noche y hace luna!

(*Catalina se queda, de pronto, mirando a Petruchio, y después mira en torno*)

CATALINA.—¿De noche...? ¿Y por qué no? (*Un silencio. Piensa. Cierra los ojos y sonrío*) Es de noche y hay luna...

(*Petruchio se vuelve rápido y la mira*)

PETRUCHIO.—¡Ah! ¿Sí? ¡Embustera!

CATALINA.—¿Cómo?

PETRUCHIO.—¿No estás viendo que es de día y bien de día? ¿No estás viendo que hace un hermoso sol? ¿Por qué tratas, entonces, de engañarme? ¿Por qué? ¿Por qué quieres negar la evidencia de este bendito sol?

CATALINA.—(*Le mira. Sonríe*) Tienes razón, Petruchio. ¡Es un sol bendito que acaricia y calienta la piel! Pero si tú dices, de pronto, que no hay sol, no lo habrá. Y saldrá la luna cuando tú quieras que salga. Y siempre, siempre, digas lo que digas, será como tú ordenes. Luna, sol, estrellas, cielo, todo.

(*Petruchio se vuelve y la mira entre sorprendido y complacido*)

PETRUCHIO.—¡Hum! Eso ya me gusta... Entremos en casa de tu padre. (*Avanzan. Y, en este momento, cruza un anciano viejísimo que sale de la iglesia y marcha, pasito a pasito, muy encorvado, hacia el fondo. Petruchio, al verle, se detiene agradabilísimamente sorprendido*) ¡Hola! ¿Adónde va esta preciosa señorita?



(*El Anciano se detiene muy sorprendido y mira tras de sí*) ¿Adónde va el primor de los primores? (*El Anciano se mira a sí mismo muy atentamente*) ¡Catalina! Dime la verdad... ¿Viste alguna otra vez una dama tan noble y seductora como esta? Mira el blanco de su frente, el rosa de sus mejillas, el rojo de sus labios... ¿Qué estrellas de las que bordan el cielo pueden parecerse a estos ojos de milagro? ¡Oh! ¡Señorita! ¡Oh, encantadora doncella!

ANCIANO.—¡Caballero! ¿Os referís a mí?<sup>34</sup>

PETRUCHIO.—¡Callad! Permitid que mi esposa, en prueba de admiración, os dé un beso en la frente...

ANCIANO.—¿Un beso? Bueno. Por mí...

(*Catalina avanza, como deslumbrada, hacia el anciano*)

CATALINA.—Linda criatura, bella doncella, flor virgen y purísima. ¿De dónde sales, bonita?

ANCIANO.—Pero ¿de veras es a mí?

CATALINA.—¡Qué dichosos tus padres que poseen tal tesoro! ¡Qué feliz el amante a quien Dios conceda el gozo de estrecharte entre sus brazos<sup>35</sup>!

ANCIANO.—(*Boquiabierto*) ¡Hola!

PETRUCHIO.—(*Transición. Muy sensato*) Vamos, vamos, Catalina, que te has vuelto loca. No estás hablando a una muchacha. Es un anciano lo que tienes ante ti. Y, por cierto, un anciano arrugado, seco, marchito, feo...

ANCIANO.—(*Dolorosamente*) ¡Hombre! Eso...<sup>36</sup>

PETRUCHIO.—Hala, hala, buen viejo...

CATALINA.—Tienes razón, como siempre, Petruccio. Me confundí. Dispensadme, señor. El sol, que cegó mis ojos, hizo que os confundiera con una doncella. Disculpadme el error...

ANCIANO.—No, si ya me parecía a mí... (*Y se marcha. No obstante, al llegar al fondo, se vuelve y los mira con muchísimo recelo*) En fin...

34 En la comedia de Shakespeare, este anciano no es otro que Vincencio, padre de Lucencio.

35 En la obra de Shakespeare, las palabras con que Catalina alude a la felicidad del amante de la criatura son las siguientes: «¡Más feliz el hombre a quien su estrella propicia le depare ser compañero tuyo de lecho!» (trad. Luis Astrana Marín. *Obras completas de William Shakespeare*. Madrid: Aguilar, 1951. 1039). Tal vez por autocensura del autor.

36 Nuevo detalle encaminado a incrementar la comicidad de la pieza. En la obra de Shakespeare, Petruccio alude, efectivamente, a su vejez y decrepitud, pero no a su fealdad: «Es un hombre, un anciano, arrugado, marchito y seco, y no una doncella como dices»; y este no responde siquiera.

*(Desaparece. Quedan solos Catalina y Petruchio frente a frente. Se miran. Hay un silencio... De pronto, Catalina baja la cabeza con rubor y escapa. Llega hasta la puerta de la casa de Bautista)*

PETRUCHIO.—¡Espera!

*(Catalina se vuelve y, sonriendo, mira largamente a Petruchio)*

CATALINA.—¿No quieres entrar?

PETRUCHIO.—¡Bah! Con franqueza, nunca fui muy dado a las veladas de familia.  
*(La mira un instante y luego aparta de ella los ojos)* Preferiría descansar en cualquier otra parte...

CATALINA.—¿Dónde?

PETRUCHIO.—¡Oh! Conozco cierta posada antigua en el camino de Verona, a tres leguas de aquí...

*(Catalina le mira y sonrío. Luego, rápida, corre hacia él y le toma una mano)*

CATALINA.—¡Petruchio! Llévame a tu posada...

PETRUCHIO.—¡Catalina!

CATALINA.—¡Vamos! *(Llegan al fondo. Una vez allí, Catalina se vuelve de cara al público. Mira en torno, mira hacia arriba, como buscando algo)* Dime, Petruchio. Ahora, ¿es de noche o de día?

PETRUCHIO.—¿Qué? *(Todo furioso)* Es de noche. ¡Vive el cielo! ¡Noche oscura! ¡Noche sin estrellas! ¡Noche negra como conciencia de hereje!

*(Catalina le ha escuchado sonriendo inefablemente, con los ojos cerrados. Muy dichosa)*

CATALINA.—Es verdad, Petruchio. Jamás, jamás he visto una noche tan oscura.

PETRUCHIO.—*(Desconcertado)* Catalina...

CATALINA.—Ven... Vamos a prisa. Pero, dame la mano para no perdernos en la oscuridad.

*(Se lo lleva)*

OSCURO

**CUADRO QUINTO**<sup>37</sup>

La plaza. La mañana del domingo. Música.

*(No hay nadie, en escena, al descorrerse las cortinas. Después de unos instantes, por los soportales del fondo, irrumpen, con sus pasitos de baile, al compás de la música, ingrávidas y ligeras, como siempre, Silvia, Diana y Lucía. Bajan las tres al centro de la plaza y evolucionan allí durante unos segundos. De pronto, sin perder su ritmo de alegre ballet, Silvia y Diana corren hacia la iglesia, cuyas puertas abren de par en par, mientras Lucía, como en el cuadro final del acto anterior, simula tirar del gran cordón inexistente de las campanas. La música sube mezclada a un alegre repique de campanas. Las tres muchachas vuelven al centro. Comienzan a surgir por aquí y por allá los invitados y las invitadas a la boda. Las tres muchachas, al compás de la música, de una carrerita, llegan hasta la casa de Bautista. Silvia se inclina, mira hacia dentro. Diana y Lucía, una a cada lado de la puerta, esperan. Desciende de tono la música sobre el diálogo)*

LUCÍA.—¿Qué?

DIANA.—¿Qué?

SILVIA.—*(Un dedo en los labios)* ¡Chiss! Esperad...

*(Y entra en la casa. Por la ventana asoma Bautista)*

BAUTISTA.—¡Dios sea loado! ¿Han llegado los muchachos?

LUCÍA.—Todavía, no, señor Bautista.

BAUTISTA.—¡Bah! Esta vez no tengo miedo. Como son cuatro...

*(Se retira de la ventana. Desaparece. En el acto surge Silvia de la casa. Diana y Lucía la acosan)*

LAS DOS.—¿Qué?

LUCÍA.—Dinos ya...

---

<sup>37</sup> Escena totalmente inventada por Ruiz Iriarte. En la comedia de Shakespeare, Blanca no escoge a su marido el mismo día de su boda, sino que se casa directamente con Lucencio, sin que tenga lugar la expectación entre los cuatro amantes que se produce en esta escena.

DIANA.—Cuenta, cuenta...

SILVIA.—Pues todavía no se ha decidido...

LAS DOS.—¡Oh!

SILVIA.—Y yo lo encuentro muy natural. ¿Qué mujer puede elegir uno entre cuatro si le gustan los cuatro?

DIANA.—¡Ay, Señor!

LUCÍA.—¡Ay, qué incertidumbre! ¿Quién será?

*(Rumores en el fondo. Los invitados abren calle para dejar paso)*

UNOS.—¡Ya! ¡Ya vienen!

OTROS.—¡Ahí están!

OTROS.—¡Dejad paso!

*(Y en el fondo, lentos, callados, graves, surgen Lucencio, Tranio, Gremio y Hortensio, que avanzan despacio hasta situarse en fila, de cara al público, junto a la puerta de la iglesia. Los cuatro se inclinan en una gran reverencia)*

TODOS.—¡Oh!

*(Silvia, Lucía y Diana, también agrupadas a la derecha, miran a los cuatro mozos con embeleso)*

SILVIA.—¡Lucencio!

DIANA.—¡Gremio!

LUCÍA.—¡Tranio!

SILVIA.—¡Hortensio!

LUCÍA.—¡Ay, qué gentiles son!

*(Cesa la música. Y al mismo tiempo se abren de par en par las puertas de la casa de Bautista y surge este acompañado de Blanca, que viste de novia. Todos los presentes se inclinan en una gran reverencia)*

BAUTISTA.—¡Nobles amigos de Padua! Sed bien venidos. Por segunda vez en pocos días os convoco para la misma función... Dispensadme la frecuencia y recibid mi gratitud. *(Se vuelve a Blanca, y en otro tono)* Vamos, niña. Elige pronto a mi yerno, que no puedo más de curiosidad...

TODOS.—¡Oh! ¡Oh!

*(Todos miran a Blanca. Esta, risueña y ruborosa, avanza rodeada de Silvia, Lucía y Diana hacia los cuatro pretendientes, que se inclinan en una rendida reverencia)*

HORTENSIO.—¡Oh, Blanca!

LUCENCIO.—Blanca...

BLANCA.—Señores míos... Tengo un sofoco... *(Un mohín. Los ojos al suelo... Y, de pronto, una dulce sonrisa)* ¡Tranio!

TODOS.—¡Oh!

*(Tranio avanza un paso ilusionadísimo)*

TRANIO.—¡Señora! Por ventura... ¿Merezco tanta dicha?

BLANCA.—¡Tranio! Vos llegasteis el último. ¿Puede extrañar a nadie, pues, que os rechace el primero?

TODOS.—¡Oh!

SILVIA.—¡No era Tranio!

TRANIO.—¡Condenación!

*(Y con un gesto de despecho, se separa del grupo de los galanes y se sitúa, solo, en primer término a la izquierda. En el acto, Silvia se aparta del grupo de las muchachas y, con pasitos ligeros, se dirige hacia Tranio, a quien hace una graciosa reverencia, y queda con él)*

BLANCA.—¡Hortensio!

TODOS.—¡Oh! ¡Hortensio! ¡Hortensio! Era Hortensio...

*(Hortensio avanza emocionadísimo)*

HORTENSIO.—¡Blanca! ¡Blanca! Aquí estoy...

BLANCA.—¡Gremio!

TODOS.—¡Oh!

*(Gremio avanza un poco confundido)*

GREMIO.—¡Señora!

BLANCA.—Para mí, amigos míos, Gremio y Hortensio, Hortensio y Gremio, los dos sois uno nada más. Mis sueños nunca os separaron el uno del otro. Juntos me amasteis, juntos habéis sufrido por mí. ¿No sería cruel elegir a uno y rechazar al otro? Si tal hiciera sería la más perversa de las mujeres. Por lo mismo, amigos míos, tengo que rechazaros a los dos...

TODOS.—¡Oh!

HORTENSIO.—¡Maldición!

GREMIO.—¡¡Hum!!

*(Y los dos, primero Hortensio y después Gremio, avanzan hasta primer término. Lucía y Diana, alegres, ligeritas, pimpantes, corren, la primera hasta Hortensio, la segunda hasta Gremio. Grandes reverencias, como en el caso anterior. Y cada una queda con su galán)*

LUCENCIO.—Entonces soy yo el elegido. ¡Soy yo! ¡Prenda adorada!

TODOS.—¡Lucencio! ¡Lucencio!

UNOS.—¡Viva Lucencio!

TODOS.—¡Viva!

LUCENCIO.—¡Soy yo! ¡Amor mío!

*(Blanca se revuelve de malísimo talante)*

BLANCA.—¡Sí! Eres tú, sofista, embustero, pedagogo, embaucador, petulante, sinvergüenza...

LUCENCIO.—¿Cómo?

TODOS.—¿Eh?

BAUTISTA.—¡Santo Dios!

BLANCA.—*(Con muchísimo coraje)* ¡¡Sí!! Eres tú el elegido. ¡Ah! Pero no creas que por ello me entrego a tus brazos rendida y sin fuerzas. No pienses que voy a ser tu esclava entre versos de Ovidio y carantoñas de truhán. Despídete de la idea de gobernarme a tu antojo. ¡Quia! Que si de soltera he sido humilde, de casada sé muy bien cuál es mi puesto, y en mi casa he de mandar yo...

*(De fondo llega la voz de Catalina, que interrumpe el discurso de Blanca)*

CATALINA.—¡Blanca!

TODOS.—¡Oh!

*(Al fondo los invitados se apartan y, al apartarse, descubren la presencia de Petruccio y Catalina bajo los soportales. Visten los dos ricamente. Catalina con todo el ornato de una gran dama... Avanzan. Catalina llega hasta Blanca)*

CATALINA.—¡Blanca! ¡Hermana mía! ¡Avergüénzate de hablar así! ¿Eres tú la que injuria y amenaza? ¿Eres tú la que frunce la frente por la cólera? ¿Son tus ojos, tus ojos del cielo, los que lanzan miradas como espadas al que ha de ser tu esposo? ¡Blanca! ¡Hermana mía! Tu marido es tu señor. Tu marido es tu soberano... El marido se ocupa de la esposa, la quiere, la mimó y la corteja. Él trabaja duramente, en la tierra o en el mar. De noche vela aunque haya tempestad, mientras la esposa duerme entre sábanas de hilo y almohadas bordadas. De día, él corre a caballo, llueva o haga frío. Y la esposa se conforta junto a la chimenea encendida. No hay más que un medio para pagarle el sacrificio a que se obliga cuando nos toma por mujer. El amor, el cariño, la dulce y bendita obediencia, la ternura de nuestro corazón, que todo eso es lo mismo. Ningún marido es para la esposa un hombre como los demás. Para cada una es el príncipe, todo majestad y poder. Y qué hermoso es ser la sierva del príncipe amado... ¡Blanca! ¡Hermana mía! No declares la guerra, implora la paz. No pretendas dominar. Es tan bonito amar y obedecer. Yo tuve genio y carácter altanero y mal humor y palabras endemoniadas. Y mírame: me siento la más dichosa de todas, porque a su lado me siento la más humilde. Y si él me pide que me incline de rodillas, a sus pies, de rodillas, me tendrá...

*(Se vuelve hacia Petruccio y le mira amorosamente, como esperando. Él se inclina sonriente)*

PETRUCCIO.—¿Y si él te pide un beso?

CATALINA.—(Gozosa) ¿Un beso? ¿Aquí? ¿En la plaza pública? ¿En presencia de tanta gente?

PETRUCCIO.—Aquí mismo. ¿Dónde mejor?

CATALINA.—Entonces, íse lo daré!

*(Va hacia Petruccio. Le echa los brazos al cuello y le besa)*

TODOS.—¡Oh!

*(Hay como un revuelo. Todos hablan a la vez)*

TRANIO.—¡Dios Santo! ¿Esta es la fiera?

HORTENSIO.—¡La ha domado!

GREMIO.—Es otra, es otra...

LUCENCIO.—¡Bravo, Petruccio!

HORTENSIO.—Es asombroso, asombroso...

GREMIO.—¡Es increíble!

SILVIA.—Petruccio!

LAS TRES.—¡Viva Petruccio!

TODOS.—¡¡Viva!!

PETRUCHIO.—Señores...

*(Bautista se adelanta a Petruccio, con los brazos abiertos)*

BAUTISTA.—¡Petruccio! ¡Hijo mío! ¡La has domado, la has convertido en otra! ¡Se acabó la bravía! Dame un abrazo. Te daré otra dote. Veinte mil coronas más. ¿Qué digo veinte? ¡Treinta mil!

PETRUCHIO.—Gracias, suegro. Pero no hace falta. La mejor dote que me disteis es ella misma, mi fierecilla. ¿O es que aún no lo habéis adivinado? *(Avanza alegremente hacia el centro)* ¡Y ahora, señoras y señores! ¡Alegría! ¡A la boda de Blanca y de Lucencio!

TODOS.—¡A la boda!

PETRUCHIO.—¡Que suenen las músicas! ¡Que repiquen las campanas! ¡A la boda!

*(Suena la música, repican las campanas, se organiza el cortejo. Grandes reverencias de los caballeros, que ofrecen el brazo a las damas)*

LUCENCIO.—¡Blanca!

BLANCA.—¡Lucencio! ¿Me perdonáis? Nunca más...

LUCENCIO.—¡Oh!

HORTENSIO.—¡Señorita!

SILVIA.—¡Caballero!

*(Evolucionan en parejas. Van entrando en la iglesia a los acordes de la música. Siguen repicando las campanas. La última pareja la componen Petruccio y Catalina, que avanzan muy despacio. Cuando ya están a punto de entrar en la iglesia, ella se detiene. Sonríe)*



CATALINA.—¡Petruchio!

PETRUCHIO.—¿Qué?

CATALINA.—Mándame... Mándame que cuide tus ropas, que dé lustre a tus botas, que llene de vino tu copa, que disponga tu mesa. Pero mándame también...

PETRUCHIO.—¿Qué quieres que te mande?

CATALINA.—*(Bajito)* Mándame que te bese otra vez...

PETRUCHIO.—¡Hola! *(La mira de arriba abajo. Y luego, montando en cólera, como en sus viejos tiempos)* ¡¡Bésame!! ¡Voto a...! ¡Por todos los diablos! ¡Rayos y centellas! ¡Bésame te digo! ¡Bésame pronto!!

CATALINA.—Sí, Petruchio... Enseguida.

*(Y llena de gozo se lanza sobre él y le besa. Luego, dulcemente, echa hacia atrás la cabeza. Él sonrío, lleno de ternura. En voz baja)*

PETRUCHIO.—¿Qué piensas?

CATALINA.—Pienso que nunca creí que pudiera ser tan feliz obedeciendo...<sup>38</sup>

TELÓN

---

<sup>38</sup> En la comedia de Shakespeare, las últimas palabras de Catalina son las que componen el largo monólogo en el que elogia la sumisión de la mujer. El resto de intervenciones de este personaje son totalmente invención de Ruiz Iriarte. Por el mismo motivo, en la obra original no es Catalina sino Lucencio quien tiene la última intervención: «Con vuestro permiso, es un asombro que la haya domesticado así. *(Salen)*» (*Obras completas de William Shakespeare*. Madrid: Aguilar, 1951. 1046).



COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**